

TRÍPTICO DE VERANO Y UNA MIRLA



CERMEÑO - ESCOVAR - MARSELLA

TRÍPTICO DE VERANO

Y UNA MIRLA

LUIS CERMEÑO |
ANDRÉS FELIPE ESCOVAR
JULIÁN ANDRÉS MARSELLA MAHECHA |



www.milinvieros.com

Tríptico de verano y una mirla
Cermeño – Escovar – Marsella

Luis Cermeño – Felipe Escovar

Editorial Milinviernos
Tercera edición
Bogotá, D.C., 2013

Primera edición El Zahir (Colombia, 2010)
Segunda edición Cinosargo (Chile, 2012)

Diseño de la edición virtual:
Infeto

Diseño de Portada:
David Julián Barrero



Se escucharán los aullidos de estos nombres, a quienes agradecemos el haber escanciado parte del trago agridulce de los días:

A las familias Cermeño, Escovar y Marsella, por parir y criar tiernos desencantos; a Sonia Velázquez, por ayudar a perpetrar estos trazos; a las vikingas por decapitar anhelos travestidos con perfumes de calma chicha; a Carolina Moreno-Beltrán, politóloga de la decepción; a Tebi por su sonrisa de Ganímedes; a Orangután por acompañarnos en las horas de incertidumbres con sus besos de mosca; a Nestor Duque, quásar pintor que agoniza; a Aquilino Velasco, inquilino del infinito y brujo de mundos azules. Y, por último, a Dios por sus olvidos. Escarbamos entre los escombros buscando lo que nunca fue: el amor de verano.

ÁLGEBRA NOCTURNA

*Dedicado a Nancy,
ecuación de las jornadas mesopotámicas.*

I

Julián Andrés Marsella desayuna y al tiempo contempla la figura de Catherine, su mujer, aún cautivante desde sus firmes piernas atléticas hasta las curvas que delinear su cintura y abismos celestes que lleva por ojos.

Catherine desliza suavemente su mano sobre el robusto hombro de Julián y con un beso se despide desde el umbral de la puerta.

Julián se dirige al estudio, enciende el computador y, sentado frente a la pantalla titilante, decide recostarse un rato para eliminar todo prurito de alguna lectura extraña que afecte la consecución

de la novela que se apresta a escribir¹. Una vez recostado recuerda las enseñanzas consignadas en el *Hercólubus* del maestro Rabolú y decide practicar el método del viaje austral. Repite los pasos a seguir; siente la inasible y efímera naturaleza de su alma; está listo para viajar abandonando su cuerpo en el departamento que había adquirido con su bella esposa. En un principio su espíritu se somete al gélido viento del universo sin reglas ni punto al cual llegar; vaga por una ciudad rota, anclada; y náufraga en las polvorosas tierras sin nombre de una montaña andina² cuyos caudillos suicidan a sus críos³; anida desalientos vacuos y vertiginosos en las cimas de los montes más altos del mundo.

Luego el viento desaparece y Julián queda con la leve carga de su espíritu vagando por los recovecos de la gente que constituye sus días. En este estado levitante logra divisar a su madre en el jardín de la casa en la cual creció, regando las matas y cantando

¹ La novela de Julián Andrés Marsella narra la historia de un zángano que pugnaba por ser el emperador en una sociedad donde sólo reinaban las hembras. Obra con visos históricos y posturas feministas que culminó en la elaboración de un pequeño ensayo titulado CONTRA EL RELATIVISMO MASCULINO.

² Véase CIELO SUBTERRÁNEO. Cermeño, Escovar y Marsella. Ed. Código Casabe.

³ HISTORIA DE CAUDILLOS Y CRÍOS. Montalbán, José. Ed. Pirata triste. Tegucigalpa. 1974. Fragmento: “*Dispénsame una daga para eliminar todo suspiro futuro. Dispénsame una daga amado mío para eliminarme en mitad de esta noche clara donde sólo la bruma de las ausencias podrá llevarnos a un abrazo insatisfecho.*”

una alegre canción de cuyo ritmo queda impregnada su memoria como del aroma de las flores regadas. Siguiendo el recorrido de la gente que presume amar se pregunta por su hermano y es conducido a la oficina en la cual él se desempeña con éxito, rodeado de admiradores y una encantadora secretaria de nombre Amanda⁴. Finalmente vislumbra a Catherine saliendo de una recámara luciendo una camisa masculina que le llega hasta la mitad de su blanco y terso muslo. En el baño toma el único cepillo de dientes que hay y se limpia su preciosa dentadura con suavidad y embrujo. Regresa a la pieza y le dice a un hombre:

—Me la hiciste tragar toda, pillo.

El hombre es alto, tiene un pecho como el de los guerreros de míticas y pretéritas batallas; sus ojos, aún más celestes que los de ella, no son abismos sino unas fosas más profundas que las que vagan en el cosmos; su boca, cercada por unos labios finos y sedosos, se erige como una ofensa que la belleza perpetra a la incompletud de los mortales. Su

⁴ Amanda Sánchez nació en Agua de Dios, Cundinamarca. Este pueblo fue habitado por leprosos. Si bien ella no padeció dicha enfermedad el hijo ilegítimo que tuvo con el hermano de Julián fue víctima del bacilo de Hansen. Amanda convivió con Marsella hasta que éste pereció de sífilis. Ya viuda y con un hijo leproso decidió abandonar la vida terrenal y recluirse en un pequeño monasterio bogotano que fue incendiado durante un ataque inexplicable de pequeños seres que engulleron a gran parte de la población de la ciudad.

juventud se infiere del piercing que asoma en su poblada y negra ceja. Su piel canela parece urdida por un incandescente sol caribeño que se detiene a contemplar su nariz respingada y fina y su pelo constituido por bucles negros. Los tríceps se marcan a su piel como queriendo salir con todo ese vigor masculino que nació de la castración de Urano. Su trasero, sin un solo pelo, es un durazno maduro en primavera. Julián Andrés detiene toda su atención en el tempestuoso miembro que se levanta como un asta furiosa de aquel portentoso cuerpo olímpico.

Catherine, acechando como mantis religiosa, le dice al oído:

—Te amo Roby.

Ambos ríen con sorna. Ella le toma inadvertidamente, con gula, el grueso y venoso pene:

—Amo como la tienes y me la metes. Es verdad, sólo te amo como podría amar a un vibrador con patas... No hagas esa carita, a Julián jamás se la he dejado meter en mi cola.

Julián culmina su viaje austral. Retorna lenta y dolorosamente a su olvidado cuerpo. Intenta comenzar la novela pero es sacudido por las

lágrimas y la desesperación que sólo las monjas que intuyeron a Dios padecieron en remotos tiempos. Así pasa la mañana y la tarde hasta que se ve interrumpido por la algarabía que hace la belleza de Catherine a su llegada.

—Hola mi Julianchis. ¿Cómo vas con tu novela? En el trabajo la tonta de Giselle no deja de fastidiarme con los documentos que aún no termino de redactar, ¿podrías ayudarme, tontis?

Silencio.

Julián desea ser Catherine para no enfrentarla, para no padecer su belleza ni todos los efectos que esta tiene. Como una carencia encabritada lleva la cuchara a su boca durante la cena tratando de tragar las lágrimas con el arroz con pollo.

Ni una sola palabra.

En la noche Catherine entra a bañarse. Él se acuesta con las sábanas ocultándole el rostro. No usa pijama, en sus calzoncillos se puede advertir una protuberancia no tan furiosa como la de Roby. Julián lo recuerda, quisiera adentrarse en cada uno de los recodos de esa viril piel morena, quisiera lamer cada poro que Roby lleva luciendo la perfección ciega ante cualquier intento de caridad. El miembro de Julián crece. En la ducha Catherine

canta una canción de amor, la misma que cantaba la madre de Julián en el jardín.

El miembro de Julián crece. Se endurece como un muerto. Su mano derecha se desliza por debajo de sus nalgas y sus dedos, índice y corazón, se aprestan a ingresar a esa cavidad nunca hurgada por vergas de la estirpe de la de Roby. La otra mano se dirige por su vientre súbitamente hinchado y se instala como una tuerca en un tornillo en su miembro, ese miembro que ha sido su lastre, una sobra en su honesto cuerpo. La mano de atrás, lo hace añorar a Roby; la de adelante, todos esos instantes de profuso asco al que debía someterse cuando Catherine se sentaba encima de él.

Catherine sale de la ducha y advierte a su marido retorciéndose como lombriz en candente sal.

—¿Te estás masturbando por mí, pillo?

Silencio sepulcral.

Catherine se acerca mientras se quita la toalla seductoramente. Señala con sus manos hacia su vulva carnosa y carente de cualquier vello púbico.

—¿No quieres estar adentro mío, papasote?

Silencio.

Catherine quita la sábana violenta y fugazmente. Sorprende a Julián Marsella con una mano adelante y con la otra atrás.

—¡Qué haces infeliz!

Pero logra aplacarse y siguiendo lo que cree es un juego, una fantasía aberrada de su esposo, le pregunta:

—¿Quieres que te meta un dedo por atrás? Puedo cortarme las uñas para no lastimarte, precioso.

Silencio.

Julián con mayor precisión y rapidez mueve ambas manos. Se arquea con convulsiones, blanqueando los ojos, emitiendo un maullido que jamás imaginó podría proferir. Catherine se abalanza sobre él. Coloca su sexo sobre el ya flácido pene de Julián y, cacheteándolo, le dice:

—¿Es que ya no me deseas?... ¡Tienes una amante hijueputa!

—No tengo amante –contesta Julián–. Tengo celos.

—¿De qué vas a tener celos?

—De ti

—Pero si yo no tengo ningún amante —le contesta con tierno cinismo Catherine incorporándose del lecho y dirigiéndose a la ventana.

—Sí tienes amante. Un amante hermoso al cual yo quisiera disfrutar. Te odio Catherine. Te odio. Has tenido a un hombre que ni en mis más fulgurantes sueños me ha poseído.

II

Julián Andrés Marsella despertó con sus labios ausentes de besos masculinos. Se incorporó, se sentó frente al computador, abrió el viejo volumen del Álgebra de Baldor e intentó corregir el estilo de cada una de las biografías que aparecen en el libro, añadiendo la del mismo Aurelio Ángel Baldor. Su novela resplandeció en su memoria como la presencia de Catherine. Ambas partieron como si el divorcio no sólo hubiese sido con su mujer sino con la constelación de las palabras. Todas las estrellas se van distanciando y perdiendo forma en la bóveda celestial, ¿por qué no habría de ocurrir lo mismo con todas esas historias que repentinamente se convirtieron en una bruma muda en las neuronas filenas de Julián?

Julián. Julianchis. JuliAño.

Este último fue su mote luego de la partida de Catherine, cuando en sus noches solitarias, azotadas por la brisa cálida de la hierba que se injertaba en sus pulmones, se figuraba a Roby al frente de él como un ingenuo verdugo que le henchía de melancolía ante la imposibilidad de siquiera oler al macho que ahora trasegaba los mares caribeños junto a su ex esposa.

¡Cómo te odio Catherine!

En aquellos meses de masturbaciones y alucinaciones provocadas por el cannabis que consumía con ahínco, comprendió que ello no era suficiente para morir y que no deseaba culminar sus días en la soledad cósmica de su desaliento. Salió de su departamento con destino a lugares de encuentro de hombres y a cafés Internet en los que pudiera ingresar a algún grupo de maricas que lo convidaran a próximas fiestas. El primer chico que conoció se llamaba José Luis: un arquitecto en ciernes con quien entabló contacto en un pequeño bar llamado *Tanga Brasileira*. El muchacho bebía con fruición un cocktail rojo que se inyectaba en sus mejillas claras, otorgándole el rubor de un niño sano que revienta de vida.

—¿Quieres beber algo conmigo y charlar un rato? Mi nombre es JuliAno.

El chico abrió con avidez sus ojos de miel y esbozando una sonrisa que se delineaba en sus labios carnosos, accedió. Luego de un par de daiquiris José Luis, como un veterano cazador a pesar de su corta edad, le dijo con lascivia:

—Es hora de irnos a mi casa, tu casa por esta noche.

Entraron por la sala donde sorprendieron a la hermana del joven arquitecto con su novio en el momento en que éste metía su vigorosa mano por debajo de la diminuta falda de la jovencita pudorosa.

—¡José Luis, a la próxima avisas al entrar! ¡Tontico!

José Luis saludó con seriedad al simpático novio de su hermana menor quien se incorporó y extendió la misma mano que hacía unos instantes recorría los muslos de la chiquilla presentándosele a JuliAno.

—Mucho gusto, Benicio.

JuliAno pudo contemplar por primera vez desde la penumbra a Benicio quien hacía gala de su liso y

sedoso pelo rubio que le llegaba hasta los anchos hombros de dios griego (aunque JuliAno ignorara cómo eran los dioses griegos los soñaba en sus noches de etilismo agudo). Los ojos verdes del Adonis fulguraban como las esmeraldas por las que tantos campesinos habían muerto. Ahora el mismo JuliAno se aprestaba a morir. La hermana de José Luis percibió la fervorosa mirada de JuliAno para con su novio y sin dudarle se presentó:

—Hola, me llamo María José, pero me puedes decir Maya.

De la excitación JuliAno pasó al asco hasta desembocar en una nostalgia que sólo pudo bucear a través de las copas de aguardiente que José Luis le servía en la habitación. JuliAno le preguntó a su novio de esa noche si sus padres acaso no se molestarían de verlo a solas con un hombre mayor en el cuarto.

—Tranquilo, ellos piensan que eres un profesor de esos que se van a beber con los estudiantes.

—¿Y tu hermana? —preguntó JuliAno.

—Ella ya debe tener bien en lo profundo la de su noviecito así que no debe pensar en otra cosa que en satisfacer su apetito. Además, dime si no, su novio

está como para chuparse las yemas de los dedos, aunque yo ya lo probé y es más el frasco que el jugo.

Más que espanto JuliAño se vio impulsado a besar al infeliz chico que había poseído a tan hermoso ejemplar del sexo masculino.

¡Cómo te odio José Luis!

¡Cómo te odio Maya!

Sus manos operaron por sí mismas y una de ellas se introdujo entre los pelos de la cabeza del joven amante nocturno. Acercó su boca a escasos milímetros de la de José Luis y sintió el cálido aroma del aguardiente que sólo ahogó con un desaforado beso. En la radio sonaba *Te amo* de Franco de Vita y era como si lo arrullara la morada endeble del amor profundo y fugaz. José Luis, entretanto, dirigió su mano al miembro ya enhiesto del hombre maduro y seductor.

—¡Qué rica que la tienes, la quiero adentro ya!

Le bajó la bragueta del pantalón a JuliAño. Interrumpió el beso. Sonaba una canción de Ricardo Montaner que acompasaba con el felatio tierno y dulce que en ese momento José Luis le infligía al hombre mayor. JuliAño lo tomaba de la cabeza, moviéndosela hacia arriba y hacia abajo, con una

cadencia cada vez más acelerada hasta que repentinamente dijo:

—Para un poco muchacho, que todavía no quiero acabar.

José Luis lo miró con ternura. Le dijo:

—Me quiero sentar encima de ti.

JuliAño accedió. Nunca antes había sentido que le succionaran la vida de tal manera. Los pequeños vellos que afloraban del ano del joven no hacían más que recordarle la estremecedora amenaza de un final plácido en una montaña ajada por el hielo del amanecer entre cabras muertas. El palmoteo de las tersas nalgas contra los muslos de JuliAño cesó con un grito que el joven ahogó mordiendo una almohada que tenía entre sus brazos, acunándola como un bebé que añoraba poder darle al maduro hombre⁵. Intrigado porque Juliano no se venía, José Luis le dijo:

—¿Es que acaso no te gusto?

—No, no es eso. Quiero que estés detrás de mí. Deseo sentir a un hombre en mi cola.

⁵ Véase ESTERTOR DE MORIBUNDO. Cermeño, Escovar y Marsella.

José Luis lo arrojó boca abajo con violencia sobre la cama y le bajó los pantalones. JuliAno emitía leves sonidos y recordaba a Benicio, quería que fuera él quien le estuviera introduciendo el grueso pene separando sus nalgas como si fueran vírgenes.

José Luis no demoró mucho en evacuar dentro del cuerpo del escritor.

JuliAno intentó venirse pero por cosas del alcohol, o por ese deseo que se trasladaba al cuarto de Maya, no pudo conseguirlo hasta que los dos cayeron tendidos en el cubrelecho de *Meteoro* de José Luis.

José Luis y JuliAno no volvieron a verse. Para JuliAno sus siguientes encuentros consistieron en la entrega de un cuerpo cuyos deseos se dirigían a la efigie de Benicio, de Roby y otros tantos chicos que veía caminar en la calle y cuyos nombres solía inventar en la medianía de sus copulaciones siempre inconclusas.

Cada vez que llegaba a su departamento tomaba su miembro enrojecido como el de los babuinos del zoológico que visitaban con Catherine cuando eran novios⁶ y con tres dedos de la otra mano se

⁶ Mi amor, ¿vamos a traer a nuestros hijitos acá? –Le preguntaba Catherine mientras le daban de comer a los elefantes tristes.

penetraba por el trasero. El constante abuso de este ejercicio onanista le provocó llagas como las que padeció nuestro Señor en los días de pasión en medio de la penumbra del taller de carpintería de su padre terrenal, de los cuales no se da cuenta en los libros sagrados aunque se intuyen.

Estas penurias lo condujeron a una abstinencia forzada. En dicho período intentó retomar la escritura de su novela pero los fantasmas de Roby, Benicio y tantos otros chicos guapos, con los que se cruzaba en las avenidas y precipicios carentes de fondo de la ciudad, lo conminaban al llanto.

Sin contar con el dinero que logró darle sustento por medio año tras la separación de su amada Catherine, y angustiado al empezar a sufrir los primeros síntomas de la miseria, optó por tratar de ganarse la vida como corrector de estilo en distintas editoriales.

Comenzó por las grandes multinacionales que publicaban autores traducidos pese a que eran intraducibles por naturaleza. En ninguna de ellas recibieron su currículum vitae. Se dirigió a editoriales de índole nacional y le dijeron que desde hacía muchos años la figura del corrector de estilo había sido eliminada de planta. Sin más que hacer

—Claro que sí mi vida, claro que sí.

culminó dirigiéndose a una editorial de textos escolares presidida por su ex cuñado, Lázaro.

Al encontrarse con él, después de tantos meses, lo halló atractivo. Esto le generó sorpresa a JuliAno pues nunca había visto con ojos más que de frater al hermano de Catherine. Ahora la mirada se había transformado y por primera vez apreciaba la firme barbilla de Lázaro en armonía con sus rasgos fuertes como los de un faraón egipcio de tez blanca. Se sintió poca cosa y todo ello aumentó cuando vio en el escritorio de Lázaro la foto de él junto a su esposa y un par de chiquillos que ya le decían “el tío Julianchis” al ahora JuliAno.

—Pues Julián, lo único que por el momento tengo para ofrecerte es la corrección de las biografías de los matemáticos que aparecen en el Álgebra de Baldor. Además, necesitamos que nos redactes una pequeña biografía del mismo Baldor que vamos a poner al final de la cartilla.

Al no tener más alternativas JuliAno aceptó la propuesta. Tenía un par de semanas para entregar el trabajo terminado y recibir los emolumentos. Su interior ardía de comezón y angustia al tener las llagas de sus genitales abiertas y palpitantes como el odio que ahora le profesaba a la esposa de su hermoso ex cuñado. En su departamento no quedaban más que las esquirlas de encuentros

furtivos con hombres como el agua que cae de las nubes en famélicas gotas que nadie logra tocar. JuliAno imaginaba el cheque que aunque poco jugoso sí resultaba suficiente para poder mantenerse por un par de meses.

Ojeó las biografías, cada una de ellas coronada por un retrato del matemático en cuestión, y se detuvo en aquellos rostros que, por su belleza, invocaron unas lágrimas incipientes en sus ojos llenos de deseo:

PTOLOMEO

Su vigor le hizo pensar a JuliAno en todas las esferas urdidas por este precioso ejemplar cuyos ojos pardos parecían calcinar cualquier deseo inconcluso. Su gesto rendido ante la fascinación de las matemáticas le generó a JuliAno una inquietud mayor por aquél hombre tan absorto en fórmulas abstractas sin tener en cuenta la abstracción más pura de todas: la prosecución del amor.

CARL FREDERICH GAUSS

Siguiendo el curso de la belleza desembocó en un mar de lujuria llamado Gauss. Sus bucles dorados y cortos eran una amenaza constante para la inasibilidad de la belleza. Que un hombre de esta estirpe real pudiera detenerse en las altas

meditaciones de la matemática llenó de mayor bochorno las líbidas y castigadas cavidades de JuliAno. Se le llamaba “el príncipe de las matemáticas” y JuliAno anhelaba hacerlo el príncipe de sus noches prohibidas.

NICOLAS LOBATCHEWSKI

Su pelo negro como el petróleo parecía manar de las llanuras de la fantasía desbordada de JuliAno. Le hizo soñar con las estepas rusas en las que los hombres se agrupaban para combatir el hielo con un poco de calor corporal. Lobatchewski, al que se considera descubridor de un “incommovible cuerpo de verdades”, requería ser descubierto palmo a palmo por la lengua quisquillosa de JuliAno siempre presta a conmoverse con la tesitura de verdaderos cuerpos.

HENRIK ABEL

Su nombre llevó a JuliAno a querer ser el hermano abusador que besara el cadáver de aquel rubio que, más que parecerse a un hijo de Adán, semejaba al más hermoso de los ángeles caídos. Su belleza demoníaca y su final maldito en la completa ignominia condujo a JuliAno a culparse por no haber sido aquella amante que lo salvara en su pecho con la leche derramada por una difamación

divina cuyo descubrimiento sería una ecuación celeste.

EVARISTE GALOIS

Evariste era ese *enfant terrible* que lo desgarraría física y metafísicamente entre las sábanas ardientes de una pensión de mala muerte parisina. Su historia conmovió a JuliAno hasta los tuétanos, quien gritaba como un desesperado por todo el departamento, diciendo que quería ser el destino final del proyectil que acabó con el pequeño prospecto del matemático, prospecto del gran marica.

HYPATIA

Hypatia de Alejandría le causó repudio por su portentosa belleza femenina. JuliAno no concebía cómo pudo ser reconocida en una comunidad plagada de filenos como los griegos. Su muerte bárbara se la figuró como un empalamiento que comenzó desde esa vulva quitadora de tantos hombres guapos y culminó en esa boca entregada a labios gruesos y varoniles.

¡Te odio Hypatia! ¡Cuántos hombres guapos no pasarían por tu grosero cuerpo de vagabunda de las matemáticas!

¡Te odio!

¡Cuánto te odio!

Por cada uno de los matemáticos que le gustaban, JuliAno se masturbaba dos o tres veces diariamente. De su deyector manaron pequeños coágulos de sangre que no lo alarmaron tanto como lo escaso y transparente del semen que, desembocado en un cansancio referido a todo lo existente, lo visible y lo invisible, no dejaba de hacerlo sufrir.

Ni una sola corrección.

Silencio.

Masturbaciones.

Silencio.

Tres gotas. Dos de semen. Una lágrima.

El tiempo de entrega se agotaba. La noche anterior al vencimiento del plazo recibió la llamada de su apuesto ex cuñado.

—Hola Julián, yo veré, para mañana espero el manuscrito con las correcciones.

—No te preocupes. En la mañana iré con todos los documentos al pelo.

JuliAno no comprendió el porqué de su respuesta. Quizás ese podría ser el elemento final para segar con una vida, cualquier vida. La angustia parecía ser la variable que desvelaría las equis de su álgebra nocturna. A lo largo de la noche quiso adelantar todo el trabajo. Entre Galois y Gauss se colaba el recuerdo de Roby, Benicio y todos los demás transeúntes hermosos de la ciudad. No teniendo más remedio que masturbarse con dolor y desesperación terminó arrojado en el suelo de su departamento con una mano petrificada en el miembro ensangrentado y la otra sujetando fuerte el agujero del culo, totalmente destrozado por acción de sus furiosos y autistas dedos.

III

Julianchis. JuliAno. La Marsellesa.

Sí, ahora La Marsellesa: la viuda incandescente que se pudría con las tardes cuajadas por masturbaciones geológicas. Sólo restaba la mañana y, para llegar con algo, se aprestó a escribir la biografía de Aurelio Ángel Baldor: el cubano del álgebra aterida de rostros hermosos y de vidas cortadas de millones de adolescentes asqueados en

las escuelas con los culos rotos y esperanzas asidas a un sueño volcánico.

Se figuraba a Aurelio Ángel atenazado por una mortal nostalgia en la solana pútrida de un Miami desde el que no alcanzaba a otear el malecón de su Habana; ese malecón en el que se enamoró de un pequeñín mulato mientras le prometía todos los libros que contuvieran números, variables y ecuaciones concebidas por los hombres y el amor profundo e incansable por lo abstracto.

La Marsellesa salió poco antes del filo del mediodía con un hambre de hombres insaciable. En el autobús recordó que las hojas en blanco que yacían en el portafolio estaban pegajosas en virtud de todas esas vidas fracasadas que salían de su muy maltrecho pene. Por un instante pensó en escapar, en bajarse del bus y correr hacia occidente hasta tropezar en algún momento con una inmensa serranía desde la cual, en la punta de la misma, divisaría el furioso pacífico lleno de hermosos negros que intentarían saciarlo con sus inconmensurables vergas.

Pesó más el rostro de su antiguo cuñado y sus facciones lustradas por la inexplicable fiereza de una hermosura siempre ajena. Se bajó en el paradero indicado, caminó hacia la metálica estructura que componía el edificio como el falo de un robot triste

y pendenciero. Tuvo visiones futuristas de sexos plateados en los que estallidos de orgasmos se confundían con los ritmos constantes de embragues que golpeaban el acero; una luna rota y enfurecida iluminaba las gélidas entrepiernas de esas criaturas creadas y olvidadas por los hombres como chatarras confundidas que se apiñaban en las nostalgias de lo inacabado.

En la recepción lo anunció una mujer desgarbada y obesa con un prominente lunar en la mejilla del cual brotaban un par de vellos como cerdas de cepillo dental escupidas por un dios camionero y sin pudor. La Marsellesa sintió una súbita simpatía y aprecio por aquella mujer deforme, la imaginaba prendada de un panzón de unos cincuenta años que debía tomar viagra sin que por ello se viera aliviado de su precocidad.

¡Te quiero pequeña cerda! Te quiero porque eres poseída por un tipo que nunca desearía que me poseyera. ¡Te quiero mucho marrana!

La recepcionista se aterró por el aspecto desarrapado y los ojos escuálidos de aquel extraño sujeto del que aún quedaba el suspiro agonizante de una belleza jamás concretada. La gorda pensó en aquel feto que dejó tirado en una bacinilla cuando era una joven hermosa y desenfrenada, poseída por los hombres más guapos del puerto de

Buenaventura en donde residió como la gran princesa blanca, antes de que decidiera abandonarlo todo por una vida en la miseria junto a ese panzón que otrora fuera un portentoso jugador de fútbol acechado por negras y rubias de la región que lo llamaban El Centauro⁷.

A través del pasillo iluminado que lo conducía a la oficina de su ex cuñado, editor y musa de sus últimas decepciones, La Marsellesa sintió un dolor en su brazo izquierdo, un dolor que le apretaba su extremidad como un condenado de los círculos del infierno: su sangre que le reclamaba por algo de cordura. Era tarde, no había tiempo para retroceder, la puerta de la oficina se abrió antes de que él la tocara adelantándosele a una lágrima que se desparramó por una de sus mejillas pálida y reseca.

—Cómo estás Julián, ¡casi que no llegas hombre!

Silencio.

—Pero sigue, siéntate. Ese trabajo debió haber quedado como una uva

Silencio.

⁷ Para más información véase ESTERTOR DE MORIBUNDO.

Una vez sentado La Marsellesa no cesó de observar los labios de su ex cuñado, parecían suaves como un malvavisco ardiente que él deseaba succionar hasta saborearlos en las entrañas más profundas de su cuarteado paladar.

—A ver hombre... muéstrame qué hiciste viejo.

Julián colocó sobre el lujoso escritorio el mareado cuero de su portafolio de decepciones. Dudó un poco tratando de recordar la clave para abrirlo y ya cuando su mano temblaba un chispazo en la médula espinal lo impulsó como una mula arreada a encontrar la combinación de números irreales y fraccionarios que fungían como clave. El primer nombre que La Marsellesa vislumbró fue el del príncipe Gauss. Estiró el brazo y le entregó la cuartilla a su deseado interlocutor.

—¿Me estás haciendo una broma? ¡Si acá no hay nada escrito! Y ¿qué es ese pegante? Definitivamente no has abandonado tu sentido del humor, hermano.

Ese comentario de marica irritó a La Marsellesa, quien comprendió que sólo gustaba de los hombres y no de los filenos que deambulaban con desparpajo por aquella ciudad enmohecida. Sin emitir palabra alguna La Marsellesa empezó a arrojarle el bloc de papeles en blanco completamente impregnados de

su solitario líquido seminal. Sólo una cuartilla contaba con algunas palabras que decían:

“Lejanía. Malecón. Mi mulato. Nostalgias algorítmicas. Me muero de melancolía. Aurelio Ángel Baldor, el del Álgebra”.

El editor apretó el puño y lo movió como si estuviera masturbando un toro etéreo que se diluía en el aire.

—¡Qué le pasa gran hijueputa! Si yo lo contraté fue porque creí que podía ayudarle a un miserable como usted que ni siquiera fue capaz de hurgar bien a mi hermana. ¡Perro malparido!, quisiera matarlo pero creo que le haría un favor.

Silencio aprobatorio.

—Lárguese, no le quiero ver esa cara de cacorro.

La Marsellesa se iba cuando el ex cuñado le tiró el portafolio por la nuca ocasionándole una leve incisión que no le dolió tanto como las ampollas que palpitaban en su trasero y su triste pene. La recepcionista obesa lo miró con desprecio mandándose una mano a su vulva como queriendo hacerle saber que por esa cuca habían pasado grandes y potentes vergas de hombres preciosos como los que ya no se veían en estos días.

Un sol cenital iluminaba los pasos torpes de los oficinistas que se aprestaban a almorzar y ver el noticiero en el que se anunciaban los últimos bombardeos sobre París. La Marsellesa sentía las explosiones en sus sienes obtusas e insomnes, quiso respirar pero se ahogó en sus propias lágrimas de marica. Al salir del brillante edificio, otrora un falo futurista, tropezó con un vértice de la acera obligándose a permanecer arrodillado por el transcurso de unos pocos minutos en los que contuvo la desesperación tratando de reclamar de nuevo un aliento que se le había escapado en el primer segundo del desastroso día en que fue rechazado por su hermoso ex cuñado.

Una vez incorporado hurgó en sus bolsillos y halló un billete arrugado de mil pesos, suficiente para tomar un jugo de lulo en cualquier lugar. Arribó a una panadería de nombre Toledo, como aquella ciudad española donde intuía la gran cantidad de amantes latinos que jamás conocerían de su sed de amor masculino; Toledo: un lugar donde quizá algún toro corneara su recto dejando a sus entrañas desperdigadas por callejuelas memoriosas y aromatizadas de mierda y sangre.

El jugo de lulo le lastimó el paladar roto y dos lágrimas involuntarias anegaron sus pupilas dilatadas e indiferentes. Alguien en la panadería

exclamó: “Huele a sirvienta”, para querer aludir el penetrante hedor que emanan unas axilas huérfanas. La Marsellesa agachó su rostro y supo que ese era su olor. Levantó los brazos como un campeón y por primera vez en muchos minutos rompió su silencio:

—¡Soy yo, soy yo!

Las caras de asco y de indignación no fueron suficientes para lastrar a La Marsellesa. Fue necesario que Elkin, el apuesto limpiador del lugar, se acercara a él y le infligiera un cabezazo al tiempo que lo empujaba hacia la puerta y le decía: “por acá no te queremos ver más, sucio”. La Marsellesa ardía de amor por Elkin, sabía su nombre pues la chica de la caja lo había llamado para que expulsaran al sujeto de olor nauseabundo.

—Elkin, mi amor, ven y sacas a este vagabundo. Mira que da asco y nosotros perdemos clientes.

¡Cómo te odio cajera! ¡Cómo te odio por Elkin a quien amo porque fue el único capaz de pegarme! Lo amo más que a Roby y Benicio y a todos los chicos guapos de esta ciudad que me ignora y me lastima sin tocarme un pelo. Elkin me puso la mano y yo quisiera que también me castigara con ese látigo frío que tiene entre sus infantiles piernas y que tú, cajera, disfrutas como una perra añosa.

La tarde otoñal estaba ausente de los trabajadores que aguardaban la hora de salida a sus tibias casas llenas de amor y sexo. La Marsellesa se sentó en el banco de un parque y se detuvo a observar a un basuriego⁸ que inhalaba pegante. Las facciones de éste eran borrosas como sus propios sueños. La Marsellesa sintió regurgitar algo en su recto: una vez más estaba enamorado. Se acercó cautelosamente a aquel hombre, lo tomó de la mano y le dijo:

—Quédate conmigo un minuto.

El hombre obedeció sin saber de quién se trataba.

—¿Sabes una cosa? Fui abortado a los nueve meses. Tú también lo fuiste compañero. Todos lo hemos sido... Creo que hay penetraciones para intentar detener ese aborto espantoso cuya consecuencia serán años de respiración y decepciones.

El vagabundo se atragantaba con silencios.

⁸ El basuriego poco tiempo después accedió carnalmente a un pequeño hombre que surgió de las entrañas de la tierra. En volúmenes de distinta índole se refiere que el sujeto violado era el príncipe de una civilización anhelante de sueños.

—Cuando tenía ocho años me enfermé y sentí la mano de Dios palpándome mis testículos afiebrados. Entonces sentí pasión por él y lo amé como sólo un hombre puede amar a otro. Con deseo y lujuria de otro mundo. Como ese reino prometido que tras mis ojos soñé mientras deliraba producto de la fiebre y la muerte esquiva que no me llegaba aún cuando tuviera remedio. Todavía —La Marsellesa miró al vagabundo a los ojos— no llega la muerte y descubro que tú eres esa imagen del Señor que me tocaba las bolas cuando era infante. Sé que es un amor infinito incapaz de satisfacer a cuerpos tan miserables como los nuestros porque irradian todo el cariño anal de un agujero negro que absorbe las noches de desventura y álgebras vacuas de nosotros: los elegidos.

Silencio del vagabundo que empezaba a fruncir el ceño y alejarse.

—¡Ven a mí amor mío! ¡No te vayas divino espectro de mi deseo doloroso!

El vagabundo se incorporó y salió corriendo. La Marsellesa le gritó:

—Te comprendo mi amor, márchate en libertad. En una libertad que enclaustraré en mis sueños lascivos como un corazón coronado con espinas.

Entonces el vagabundo le gritó:

—¡No soporto oírte! Me arrancas las lágrimas. Eres mi amor pero me marcho porque el amor es insoportable y has pronunciado mi nombre. Ahora sí puedo decirle adiós a la eternidad.

Supo entonces que el vagabundo era una marica como él, una marica cósmica caída por desgracia en una tierra de hombres infames y mujeres putas que no comprendían su desarraigo celeste. La Marsellesa susurró para sí mismo:

—Un angelito en Gomorra. Un angelito en Gomorra...

Lloró un largo rato. Lloró hasta que los faroles del parque se encendieron. Se dio cuenta de que no tenía lugar al cual dirigirse. Retornó al falo de acero que hacía las veces de edificio en la editorial donde trabajaba su ex cuñado. Las puertas al público estaban cerradas pero logró colarse por las del parking en el que Lázaro estacionaba su Audi. En la penumbra de aquel recinto subterráneo ahogó su lagrimear por última vez diciéndose: “No llores más Marsellesa, no llores más que el fin aún no se acerca y tus presos no se liberan de esta condena de amor”.

Se sentó frente al auto del galán editor. Casi todo el estacionamiento estaba vacío y sólo los fantasmas que se elevaban con forma de tigre rasgaban los trémulos restos de La Marsellesa. Una bocina alarmada auscultó la oscuridad y se encendieron las luces internas del Audi. Lázaro se acercaba mientras hablaba por su teléfono móvil con alguno de sus amantes a la altura de su belleza. La Marsellesa gateó como un bebé rodeando el finísimo auto cuidándose de no ser advertido por el hermoso hombre.

Una vez Lázara abrió la puerta, La Marsellesa se tiró sobre su espalda e hincó sus dientes melancólicos en el fino pelo oscuro de su amada musa hasta sentir el cuero cabelludo y luego los huesos de la cavidad craneal que encerraba los pensamientos de aquél ganador de estirpe. La Marsellesa le comenzó a arrancar pedazos. Por el móvil la bellísima víctima clamaba a su amante ante el ataque de una bestia que lo emboscaba en el estacionamiento.

Luego de repetitivos bocados La Marsellesa sintió un calor genital que lo retrotrajo al momento feliz en el que estaba con su primo Octavio en una piscina jugando al caballito: la espalda húmeda de su primo era la promesa de un paraíso a descubrir, el cual se vio reflejado en el abultamiento del miembro

de Julianchis en el punto infeliz de convertirse en adolescente.

Su ex cuñado cayó por fin rendido, de su cabeza rota manaba una tormenta de sangre azul. La boca de La Marsellesa también era azul como el color del Orgón del cual estaba ebrio.

La Marsellesa aulló como una loba solitaria, se limpió la boca con la corbata del hermoso cadáver. Se incorporó como si aún pudiera tener la cabeza en alto y salió caminando, pensando en cómo habría de retornar a los brazos de Catherine.

ESTERTOR DE MORIBUNDO (MONÓLOGO DEL REY AGONIZANTE)

*Dedicado a Jairo,
el cartero de los Balcanes.*

Crees no ser digno de mi amor. Te sientes culpable, mi pequeño soberano, por ese torrente blanquecino que culminaba en mi sonrisa cuando te veía correr por los jardines imperiales. Te sientes culpable por el cariño paterno que me inspiraban tus pequeñas y gorditas piernas cuando corrías durante esos atardeceres naranja en que la melancolía moría explayada sobre el cielo de los hombres empalados.

Te preguntarás por qué te refiero toda esta historia si presumo que la conoces mejor que yo. Una cosa es recordar la vida y otra que se la recuerden a uno, más aún ignorando si tú eres quien está servido en esta vajilla de plata con la forma de una succulenta tajada de carne. Los nombres se

pierden, pequeñín, y con ellos la memoria. No me reproches por decirte lo que te digo, por retomar todos esos días dichosos en los que apostamos la felicidad del universo en un abrazo que sólo es otorgado por la holgura divina de un padre y un hijo, un par de amantes fragantes de verano.

Corrías por los jardines esparciendo tu estela infantil e imperial sobre esa multicolor explosión de flores que ignoraban felices nuestras vidas. Al regresar de alguna campaña me bajaba del carromato y tú llegabas hasta aferrarte a mis muslos y me decías: “cuánto te quiero padre, hoy soy feliz porque he sentido al despertar el murmullo de la mariposa que acariciaba mis mejillas”. Yo miraba tus ojos pardos de criatura obsequiada por el cielo. Todas las fechorías que vislumbraba desde mi campamento, después de sentir los gritos ahogados de ira y derrota de mis guerreros y sus rivales, se borraban entre las brumas de mi infinito aprecio por haber tenido un hijo como tú.

Entonces sobrevenían aquellos hermosos recuerdos del día en que por primera vez conociste la luz confusa del mundo.

Te parí en el fragor de una espera que me parecía insoportable. Fue cuando arrodillándome en el jardín que años después tú trasegaste, le dije a mi señor padre y marido: “Ha llegado la hora de que

nuestro heredero respire por sí mismo los nocivos vientos de la vida despatriada de su vientre”. Mi señor amado, quien hoy es tu cariñoso abuelo, sacó un bisturí de diamante y me doblegó como a una bestia de cuatro patas en aquella suave y cálida noche apartándome la tierna carne de cada posadera y prolongando la abertura de mi vergüenza milenaria con la diligencia que sólo puede tener alguien de sangre real como él. Yo mordía la hierba y procuraba olvidar mi dolor concentrado en la luz lunar que como un presagio iba a colmar tu nacimiento. No pude ver cómo saliste pero me solazo imaginando aquel milagroso instante en que ocurrió tu venida de futuro rey de estas tierras, te intuyo asomando tu diminuta cabeza como una serpiente al acecho de nuevos rumbos donde depositar su ponzoña. ¡Oh, cuán precioso eras!, tus ojos brillaron en medio del líquido marrón y rojo que te envolvía. Mi padre en medio de tu llanto me dijo que debía limpiarte con mi propia lengua. “Es parte de la tradición imperial”. Sentí el sabor de la porquería que manaban mis entrañas cuando pasaba por alguna de esas impías manchas marrones que atentaban contra tu belleza. Sentí el estrujamiento de concebir a alguien que forma parte de uno. Sentí cuando mi sangre en las papilas gustativas se confundía con tus recién nacidas lágrimas.

Recuerdo la felicidad de tu padre y abuelo, padre y marido mío. Has de saber que a esta estirpe sólo le está permitido perpetrar el acto supremo amoroso para llevar a cabo la acción más maravillosa y escalofriante de todas: concebir un retoño de melancolías. Mi padre y marido me consintió la carita, vio la tuya y con estas dulces palabras se expresó: “Lo hemos hecho bien, mi amor. Nuestro reino tendrá un heredero digno de su estirpe pues él mañana será el padre de tu adorable hijo y nieto de las infinitas estepas celestiales que gobernamos”. Ay hijo mío, frente a este succulento plato de comida no puedo evitar la amenaza de un desborde de lágrimas. Aún siento el aliento de lo que aquella noche llegué a experimentar en mis febriles muslos maternos. Fue la primera de muchas noches en las que dormimos juntos. Sólo debimos separarnos cuando por decreto imperial mi padre lo ordenó apenas cumpliste los tres años de vida. Me dijo: “Ahora debes cuidar de él como maestro y amante para hacer perdurar nuestro legado insaciable de gloria y conquista en pos de erigir nuevas naciones”.

Los primeros días lloré como lo hace cualquier fiel frente al santo sepulcro, pero luego supuse que tras las puertas de tu cuarto no cesaba de crecer el futuro habitáculo de mis más tórridas y fugaces pasiones. Desde la ventana de mi recámara te observaba paseando con tu profesor de botánica, quien te presentaba las plantas de nuestro terruño

señalándolas con su dedo, enseñándote la pronunciación de cada uno de aquellos trémulos vegetales cuyos nombres ancestrales aún no lograbas proferir con exactitud. En esos tiempos de zarzuelas, bailes cadentes y sangrientas campañas podía afirmar que estaba vivo. Todo ello se debía a mis regresos cansados, cuando te aferrabas a mi cintura y me aludías el murmullo de la mariposa que surcaba tus sueños. Ya no era tu padre, o, al menos, nos había alejado la tradición lo suficiente y, aún así, me mirabas con tu carita de “me haces falta papá”. Entonces mis manos se limpiaban de todos esos cadáveres extranjeros que removía del campo de batalla en señal de una nueva y fatua conquista.

Además del sueño de la mariposa me mencionabas otros idilios que te asaltaban en las tormentas de tus ojitos cerrados. El que me causó más gracia fue el referido a una hermanita tuya a la que llamabas “Lili, la niña de mis senderos violetas”.

No fuiste mi primogénito natural. Un par de años antes de mi trasero surgió una niña a la que mi padre y marido sacó de mi cuerpo, la llevó al lago más cercano que chispeaba bajo un sol resplandeciente, tomó su cabecita y la quebró contra una roca de la playa dejando su cuerpo inerte y listo para ser preparado en una cena nupcial que me sería servida para recuperar fuerza y engendrarte.

Ya lo ves amado mío, la realidad es peor que lo sueños; y es más mala si en ella intervienen las mujeres. Desde diluviales tiempos la estirpe real a la que tú y yo pertenecemos ha decidido segregarlas como se apartan las ratas cuando un hombre noble trasiega los bosques. Hemos logrado reproducirnos entre hombres y para mantener los rasgos más puros de nuestra estirpe pudimos implantarnos óvulos y úteros en nuestras más groseras profundidades. La intervención nos ha hecho mucho más nobles que ellas; no necesitamos a esas criaturas venidas del averno que sólo saben expeler su perfume de menstruación; y la menstruación hijo mío es un cadáver irresoluto. Ellas antes que dispensar vida, proporcionan un colosal vacío que sólo entre los padres e hijos de nuestra dinastía puede ser amenazado mediante este amor que se confunde, este sentimiento que traspasa cualquier atracción filial o concupiscente para convertirse en el absoluto amor.

Cada caricia tuya era un desangramiento para mí. Me sentía devenir en cenizas gracias a tu soporífera pasión; tu piel era un pergamino en el cual yo habría de escribir mi historia. ¿Por qué te negaste a ser el habitáculo en el cual habrían de registrarse tantas glorias ahora podridas?

Te preguntarás si alguna vez dejé de verte como un hijo para sentirte como un objeto del deseo

lascivo de un amante. La respuesta es negativa; nunca dejaste de ser mi hijo, mi chiquitín, simplemente ese amor paterno-filial se complementó con el de un amor de hombre fileno que halla el más intenso resplandor de la belleza en su retoño. Por eso, querido mío, eres mi hijo y amante.

Recuerdo aquél ocaso de Abril en el que festejábamos el aniversario de casados con tu padre y abuelo. Parte del rito consistía en explicarte que te esposarías conmigo como yo lo hice en un tiempo lejano y memorial. Tus ojos fulguraron como presintiendo una fiebre que todos en aquella reunión desconocíamos. Llamamos al hechicero, un hombre flaco y cansado que abusaba del opio, para que nos interpretara el presagio que yacía en tus ojos, pero él no tuvo más respuesta que una cara de espanto traducida en su ahorcamiento horas más tarde. ¡Oh, tesoro mío! ¡Cómo te amé aquella noche presintiendo que en tus labios yacía una esmerilada decepción! Presumo que mi padre y esposo sabía todo lo que habría de ocurrir; desde ese mismo festejo decidió no hablar con nadie y, por sí mismo, se internó en las mazmorras donde yacen los huesos de las hijas que, por accidente, nuestra dinastía ha concebido. Mi padre y marido chupaba esa carroña como si quisiera pedir alguna excusa, como si estuviera perpetrando un último insulto desde su mutismo.

Ya ves, el mundo se ha derrumbado en torno a mí; pero no es tu culpa, mi pequeñín, como insistes en creer. La primera señal de este descalabro fue el retiro de tu padre y abuelo y mi súbito ascenso a la corona. Todo estaba escrito en los arcanos de nuestros impotentes genes. Incluyendo el momento en que te marchaste furtivamente del palacio en pos de conocer lo que ocurría más allá de las murallas de los jardines que alimentaron todas tus fantasías de infante.

Te escapaste con tu centauro Marco, el más hermoso de mis servidores. No puedo negarte que sentía celos cuando los escuchaba cuchichear en tu recámara cerrada bajo llave. Me figuré cientos de imágenes macabras que se condensaron en mis insomnes noches hasta traslucirse en una realidad que no podía soportar. Al levantarme solía ir a la cloaca en donde frente a un maltrecho espejo abría mi boca, elevaba mi labio superior y con un alfiler comenzaba a pinchar mis encías. El sabor plateado de aquella sangre bastarda que corría por mis dientes evocaba los actos amorosos de toda nuestra estirpe. Luego de consolarme a mí mismo me arrebatava una inconmensurable desolación al recordar las infinitas caras de nuestros parientes que habrían de repetirse en los gestos divinos de procreación que perpetraríamos tú y yo.

Me arrepiento de haber pensado lo que pensé. Y más aún cuando al fustigar al mismísimo centauro Marco a la entrada de su horno me confesó por qué te habías perdido, por qué querías darle otro rumbo a este destino que nos había sido signado desde tiempos anteriores a cualquier vulgar memoria.

Marco me contaba, entre su suplicante llanto, que te habías subido a su lomo y que ambos atravesaron los bosques hasta llegar al pueblo empedrado. Allí había una taberna a la que acudían bestias de toda laya: dragones, centauros, negros y mujeres. En ese lugar se podían testificar amoríos inverosímiles como los que ocurrían entre los negros y los dragones que se acurrucaban bajo las mesas y levantaban sus frondosas colas aguardando el embate brutal del amor de los unicornios. Los soldados fornicaban con las mujeres mientras de fondo sonaba *Total eclipse of the heart* y aunque desconocías esa letra foránea la melancolía te llegaba por efecto de las teclas heladas del piano hasta hacerte reventar de lágrimas. Marco también me describió la forma en que mirabas con deseo a esas bestias: “sus ojos brillaban de la misma manera que los de su majestad cuando lo observaba corriendo por los jardines”. Intuí tus puras gemas ansiosas de un furioso amor ajeno al de tu sangre. El primer amanecer que retornaron al castillo te apoyaste sobre su cuello y le brindaste un beso en la mejilla. ¡Cuánto me llené de celos al escuchar de boca de esa

bestia lo que hicieron tus finos labios de príncipe de mis pasiones furtivas! Eso último que me dijo fue suficiente para condenarle al horno, no sin antes deseárselo que subiera al cielo porque el infierno lo habría de padecer en pocos instantes. Ignoro si te gustó la fuerza de aquella bestia, pero debes saber que chilló como un cerdo que es degollado de mala manera, de forma tal que deba soportar el dolor torpe hasta que la sangre porcina cese su camino hacia su inválido corazón.

Yo también, hijo mío, a tu edad deseaba ser poseído por un centauro, pero pude soportarlo todo. Me iba a una de las terrazas del palacio y acostado boca arriba vislumbraba todas aquellas luminarias celestes fijadas por nuestro Señor para aliviar la melancolía súbita que es el no sentirse parte de un amor que se padece. En una de las constelaciones creí adivinar tu rostro cuando llegase el día de concretar la buena suerte de proseguir nuestra herencia imperial. Pero todas las estrellas se truncan, tal como sucede con los destinos, y la tuya se vio vituperada cuando en ese mismo lugar de bestias diste con las de peor calaña: las asquerosas mujeres.

Marco me lo contó todo y lo hizo suplicándome para que no ordenara su ejecución ejemplar, lenta y cariñosa. Fue una helada noche novembrina. Llegaste aferrado a tu portentoso centauro y le

dijiste que ya estabas cansado de tantos dragones, unicornios, negros y demás bestias; que sólo te bastaba probar una mujer. Marco me dijo que intentó persuadirte por todos los medios, incluso mostrándote sus generosos atributos y explicándote que ellas no tenían nada de eso, que eran un hueco en cuyo interior sólo rumiaba un vacío venenoso y fatal.

Todo tiene una música interna amado mío. En este momento mientras me apresto a masticar el primer trozo de carne que te constituyó, mi corazón se eclipsa al saberte en la melodía que escuchaste en ese aposento de bestias insaciables y execrables donde creíste enamorarte de una criatura más baja que las ratas: la mujer.

Ni siquiera a tu centauro hiciste caso hijo y amado mío. No luchaste contra tu pasión irrefrenable de conocer aquellos fluidos nauseabundos que moran en las cavidades más siniestras de toda hembra. Marco me describió con total detalle la forma de la mujer con la que subiste al segundo piso de esa taberna, agarrados de la mano como los más viles plebeyos que haya visto en mis distintas conquistas. Haberte visto me hubiera proporcionado el encono suficiente para asesinarte con mi propia daga clavada en tu pecho impío. Ella se soportaba en un par de piernas largas y grasosas como si fueran las de un pavo podrido en los

depósitos imperiales; su pelo era similar al que le colocaban a los espantapájaros que habitaban las plantaciones de nuestro imperio, y digo nuestro porque sólo cuando te engulla todo este sueño se diluirá; su blanca carne se sonrojaba por los constantes manoseos de los soldados ebrios que no tenían reparo en besar la boca maloliente de aquella cosa, porque llamarla bestia sería ofender a estas últimas.

Marco te vio en tu acto amoroso y tú lo advertiste sin que ello obstara para que saciaras tu vil sed de ramera. A partir de ese momento comenzaron tus salidas nocturnas más prolongadas. Aunque nunca te lo dije, en más de una ocasión te vi apoyarte en las paredes de los corredores del palacio tratando de paliar tu embriaguez insana y cochina de ir por el mundo rebajándote con esta ralea de vagabundas.

Tu deambular por el orbe hijo y amado mío me hirió peor que esa bala que castigó mi nuca y amenazó con hacerme perder el habla ya que desde entonces sólo puedo emitir palabras que limitan su volumen con el silencio. Sí, te hablo con murmullos, mi amor, mientras te extraño esta noche más que nunca. Vaya paradoja. Y pensar que estarás dentro de mí, en mis entrañas, como muchos años atrás estuviste nadando en el líquido que mi útero te dispensara para que te sintieras volar, para que

luego en tus sueños tuvieras esa reminiscencia con forma de mariposa, una mariposa que era tu pretérita libertad.

En mi mutismo de aquellas noches en que supuse tus andanzas no grité más que para mis adentros reprochándome el haberte dejado ir, el no haber sido lo suficientemente hombre para satisfacerte como te lo merecías. Por eso te fuiste a donde las sucias de ese pantano asqueroso que constituye al pueblo. Hasta que una madrugada de heladas cósmicas no volviste y como una estrella que se apaga fui un náufrago lleno de hambre que estaba dispuesto a destrozar todo lo que se atravesara en mi mirada. Así es como sorprendí a tu centauro llorando en su establo; lo amordacé y lo llevé a la cámara ardiente donde me confesó todo lo que te he insistido hasta ahora. Y no dejaré de señalarte hasta mi último aliento por condenar a la más bella estirpe que haya conocido esta tierra miserable a su desaparición vulgar, tan vulgar como tu comportamiento.

Una noche en que como tantas otras deseaba arrebatarme la vida por tu ausencia, me figuré una progenie que contuviera la mitad de nuestra sangre y que fuera parida por todas esas ranas feas llamadas mujeres a las que les inoculaste el sino de tu tragedia perdiendo con ellas todo nuestro honor. Recordé el sacro arrojito de Herodes y la forma febril en que mi

padre y marido me relataba aquella historia, cuando todavía podía sentarme en sus piernas sin recibir una caricia distinta a la paternal aun cuando mi interés fuera por el hombre y no por el padre. ¡Aaaay cuánto desasosiego en aquellos primeros deseos que creí iban a ser los más dolorosos de mi vida! ¡Qué tonto fui al pensarlo tan ingenuamente! Tras saber que nunca ibas a regresar y tener presente la historia de Herodes, decidí imitarlo y entregarme a una revancha que él no pudo tener y que sólo se vio consolidada con el olvido de Dios treinta y tres años después. El cadáver de Jesús bebé sería el premio de aquel jerarca y ahora Jesús encarnaba en ti y en todos aquellos chiquillos que dejaste diseminados por más de una docena de meses a lo largo y ancho de este imperio solar. Algunos cuantos guerreros fieles que creían en mi divinidad fueron los suficientes para que comenzara el asesinato de cuanta mujer y niño fileno vieran en nuestros reductos. Cada una de aquellas noches de campaña, en las que yo aguardaba por noticias desde mi recámara imperial, se acrecentaba un deseo sin objeto fijo que crecía como un cáncer en mi malhumorado pecho.

La primera vez que busqué algo con un hombre ajeno a nuestra estirpe ocurrió luego de la cena. Nuestro músico de la corte, John Merlano, aún apoyaba su obesidad sobre la pequeña butaca en la que tocaba el laúd y aullaba *My lady story*. No

comprendía nada de lo que profesaba su diminuta y sensual boca, sin embargo, su voz prorrumpió en mi sangre como un llamado rebelde que me instigó a amarlo. Lo hice conducir al cuarto y le quité su camisa de seda china; pude contemplar un par de tetillas tan exuberantes como las de cualquier horrible hembra. Debajo de aquellos pechos se multiplicaban los pliegues de tejido adiposo de su extravagante deformidad que me atraía como un encantamiento urdido por el más precioso de los seres que manejan con sus halitos esta miserable tierra de humanos. Una vez estuvo por completo desnudo inspeccioné su vientre con mi boca pero jamás logré encontrar una respuesta positiva o que denotara su deseo por mí. Entonces decidí que debía correr la misma suerte que tu infame centauro, aunque en este caso todo fue más doloroso: debió ser tajado vivo para que pudiera caber en el horno donde agonizara con su último cántico. Lo escuché cantar *Sister* desde el otro lado de la puerta donde yo sentía morir de pena moral por no poder ser un sujeto del deseo masculino.

Hijo y amado mío, suelen haber cosas que se salen de las manos, circunstancias que revelan la flaqueza de la voluntad humana. Y yo, pese a que la gleba crea en mí cariz divino, tengo más de humano; por ese flanco culminé entregándome a la peor bestia de todas.

Los soldados cada fin de jornada traían en sus carretillas los cadáveres rotos de hombres, mujeres, niños y niñas condenados por el hecho de insultar al cielo con sus obsoletas risas. Una vez, en mis acostumbradas inspecciones nocturnas de censo de cadáveres buscando tu noble rostro, me topé con una difunta que ocasionó en mí el mismo candoroso desasosiego que el de la melodiosa voz de aquel obeso calcinado. Tomé sus harapos de vagabunda con mis manos y los rasgué hasta dejarla por completo desnuda. Fue un acto de amor con la muerte acaecido en una montaña de muertos.

No sé cuántas noches hice lo mismo; siempre terminaba caído sobre viles pechos pensando que tú también, hijo y amado, estabas derrumbado sobre la leche materna de una cabra sin dios ni ley.

Como todo deseo el mío se fue ensanchando como esos vacíos cósmicos que nuestro astrónomo imperial tantas veces nos refería al calor de las hogueras de abril. Sentí los truenos de la decepción al hurgar todos estos depósitos de cadáveres desmemoriados sin encontrar el brillo gélido de tus distantes pupilas enamoradas. Opté por ordenar el apresamiento de diez mujeres vivas por noche, quienes serían sacrificadas luego de haber sido conocidas por mí en cada uno de sus vulgares recodos corporales. Siempre que acababa el ritual sobre sus cuerpos yertos llovía de mi boca la única

sensación y sentimiento que ellas me provocaban: profanar tu memoria.

Hijo y amado mío, no sabes cuánto lamento tanta desazón, no sabes cuán mujer me sentí y ahora me repudio no tanto por lo que hice sino por el simple hecho de haber nacido, y como ello no correspondía a mi voluntad sino a la de mi padre y marido lo repudio a él y a esa cadena que va hacia atrás en búsqueda de ese L.U.C.A. miserable del cual se desprendió toda forma de vida sobre esta asquerosa carcajada planetaria. Es tarde para jugar a no ser, para imaginar opciones distintas a la del desprecio. Bajo esa lógica creo que yo mismo me encuentro sometido al andamiaje propio de este odio depredador que me revuelve y me insulta cada vez que mi corazón late y vuelvo los ojos hacia la realidad del sexo. Soy una furia encarnada.

Hace unos días salí a dar un paseo por el pueblo empedrado y tropecé con un espectáculo que ignoro si tú viste. Los soldados acurrucaban a los dragones y los amaban reduciéndoles a ser unas bestias tan viles como las mujeres con las que ellos y la demás plebe se reproducía. Lloré, mi pequeñín, lloré al ver cómo todos esos sueños urdidos por nuestros sabios se veían ultrajados por el amor de unos hombres obsoletos entregados a la desesperación de no tener donde depositar su ciega hambre de reproducción. La mayor sorpresa que me llevé fue ver que en un

contingente, apostado en uno de los cuarteles donde ingresaban a todos esos seres corrompidos que mandé matar, había hembras camufladas con el ropaje de honor que sólo debían lucir los soldados. Ante mi ira una de ellas se levantó y me dijo que no todas eran las viles bestias que yo presumía, que unas cuantas sólo tenían encuentros amorosos para desfallecer en el placer y no con el fin reproductivo y que por lo tanto ellas mismas se encargaban de asesinar a sus congéneres más ignorantes. Me explicó que ella, como muchas de sus compañeras vestidas de militares, era igual a los hombres e, incluso, igual a mí. Lo dicho por esta bestia me produjo indignación, repudio y una intolerable decepción por las palabras al verlas salir de una inmunda boca que no era más que un agujero en el cual introducían su sexo los hombres plebeyos. Le corté la cabeza de tajo con mi daga diamantina; muchos de los soldados allí presentes quisieron abalanzarse sobre mí para proclamar mi decapitación; pero los más leales me protegieron y con ellos retorné al palacio de mis desdichas.

Mi dignidad no se comprende, hijo y amado ¿cómo, si yo mismo no me sé identificar con la tristeza de la luna? A partir de aquel suceso no pudieron traer más cadáveres salvo los de los soldados que me fueron fieles. El cerco se fue estrechando a tal punto que escuché las batallas cuerpo a cuerpo al no haber municiones en ninguno

de los dos bandos. Todo ocurría en el jardín, donde tú corríste tu infancia y yo la mía, como un espejismo de lo que siempre estuvo ausente. Lograba captar los gritos iracundos de muchas mujeres colmadas de ira por sus difuntos hijos y por el valor que, según ellas, muchas de sus congéneres no habían tenido y tuvieron que ser asesinadas por sus propias manos. Si hay algo que deteste de esa pueril bestia es el acto de infligir su daga sobre las mismas de su especie como cochinas que se devoran en sus chiqueros de placeres, y eso amado e hijo mío se lo contagiaron a los vulgares soldados en los que confiamos desde inmemoriales tiempos; me lleno de congojo al saber que tú mismo militaste para el bando de esas bestias asesinas que empalan corazones sin importar aplastar la escuálida esperanza que Dios otorgó a los hombres. Pero ya ves que tú mismo fuiste víctima de lo que creíste, por ignorancia, que era parte de ti; naciste del orificio de un hombre y no del pozo radiactivo de una sucia mujer.

Anoche vi tu cabeza frente a mí, me la enseñaba una de esas bestias quien al estirar su brazo y acercar tu rostro muerto frente al mío, siempre impassible pese a la derrota, me lo explicó todo con la frialdad que sólo puede tener una criatura tan desalmada como ella y las de su mísera especie. En una de las comarcas más cercanas a la capital, que ahora proclama una libertad incomprensible para seres de

nuestra estofa, te ocultaste cuando supiste de mi orden de muerte masiva a toda la plebe y la tuya propiamente dicha. Te escondiste en una gruta cuyo dueño era un labriego padre de dos hijas. Una de ellas, la mayor, era madre de un pequeño que cayó en una de las redadas; la otra, si bien había tenido encuentros grotescos de la carne, jamás había parido. Tú te prendaste de la menor apenas la viste entre las penumbras de la gruta. Ella no tuvo ningún reparo en abrazarte, desnudarte y besarte como si fueras una lagartija convertida en mascota a la cual llenaba de cenagosos bálsamos. Compartiste con ella más de la mitad de este año de constantes ruinas y confrontaciones al interior de nuestro imperio. Ya mis victorias nada significaban ante tu ausencia: la conquista a la que se quería llegar era tu existencia y asunción al poder. Junto a esa bestia mataste a la hermana mayor con el pretexto de que era una cerda que sólo se limitaba a la voluntad de la naturaleza impuesta e inventada por los hombres. Según ella me lo dijo, con toda sorna mientras movía tu cabeza como si esta fuera un péndulo vetusto, ustedes optaron por la libertad. Reí, aun cuando sintiera la soga en el cuello; esa carcajada era la verdadera muestra de una cadena infinita que nos condena a todos los vivos a ser tachados de cualquier eternidad efímera. Así fue como comenzaron a crear su propio ejército y a infiltrarse en el que yo comandé con tanto brío triste. El resto es una secuencia de pueriles victorias tuyas y megalíticas

derrotas mías. Lo que tú nunca pensaste mi hijo y amado fue que esa bandera que empuñaste se te fuera a clavar en el pecho por acción de aquel vil zancudo hembra que creíste proteger.

No te sientas culpable por este furioso amor que te profeso. Todo esto fue una reacción en cadena de una frustración divina. Somos privilegiados pequeñín; yo, de morir engullendo la carne envenenada de tu cadáver mientras esas horrendas mujeres ríen con fruición simulando una hegemonía pútrida sobre el mundo que ellas quieren equilibrar; tú, de haber perecido con la ternura embravecida de quien se atrevió a amar a una bestia.

Antes de engullir mi primer ponzoñoso bocado me han sometido a escuchar sus ridículos coloquios acerca de la razón, la fraternidad y la igualdad que habrá entre los humanos y los animales en este infierno renovado. Lo que jamás intuyen esas miserables será el advenimiento de un nuevo emperador; será un enano obtuso e invertido que no mellará en su intento por diseminar una infamia junto a su progenie de ganapanes.

Hijo y amado mío, la cuchara se acerca a mis labios tan trémula como la muerte, tan temblorosa como este amor que te profesé desde mucho antes de que fueras un chispazo del infinito condenado a

cambiar por siempre. Moriré con los ojos abiertos
prestos a llorar el río de mis genes envenenados e
insuficientes para decirte cuánto te amo.

CIELO SUBTERRÁNEO

*Dedicado a Nelson,
el descalabrado del Chimborazo.*

1

La mañana llegó antes de lo acostumbrado. El suelo despedía una niebla espesa y grisácea. Recordó que la cuenta de cobro del servicio telefónico debía ser cancelada ese mismo día. Impulsado por un desaliento gélido se bajó de la camioneta cerrando la portezuela con ímpetu sin que alguno de los miembros del grupo se atreviera a reprocharle algo. Descuidándose de no maltratar el estuche en el que guardaba el violín se acercó a la portería y golpeó la puerta de vidrio sorprendiendo al vigilante quien – crispado por el sueño interrumpido– se incorporó y le abrió con descuidada afabilidad.

Subió las escaleras de caracol hasta llegar al tercer piso. Un bochorno le hizo hervir los huesos como calderos venusinos. “Debe ser un resfriado”, pensó Óscar. Sistemáticamente se dispuso a estornudar sin lograrlo. Antes de introducir la llave en el picaporte la perilla giró. Luz Angélica salía y, como en los últimos tiempos, se cruzaban en el umbral y entablaban las charlas más largas que solían sostener.

—¿Cómo te fue?... —preguntó a la ligera la mujer.

“Como la mierda que no sale, siempre pagan menos de lo que pedimos...”

—Bien. Aunque tú sabes, siempre hay algún borracho que se enfada porque no cantamos la canción que pide.

—Bueno me tengo que ir al trabajo; voy un poco tarde y el doctor Segura tiene que entregar unos balances que no he impreso.

Luz Angélica le dio un beso frío y corto dejando una estela olorosa a cabello mojado en todo el corredor contiguo al umbral del departamento. Óscar lanzó el estuche del violín sobre el sofá de la sala y con rapidez se dirigió al baño. Casi no logró desabrocharse el cinturón y bajarse los pantalones.

“...debió ser ese plato de jamones que nos dieron en la fiesta de quince años...”

Con paso sinuoso se dirigió a su recámara y, sin quitarse el sombrero de charro, vio la foto del día de la boda con Luz; ninguno de los dos estuvo feliz, se habían casado por obligación. Gracias al niño que esperaban se vieron abocados a hacerlo; no eran los mejores tiempos y ambos habían asumido que no les quedaba mucho por construir salvo urdir a un nuevo ser que tuviera que soñar y despedazarse como ellos. Su mirada se concentró en la barriga abultada que ella lucía en la fotografía. Se preguntó cómo hubiera sido aquella criatura. Hacía un par de meses que Luz Angélica la había perdido. Óscar se retrotrajo a la noche en que el embarazo se interrumpió; escuchó el llanto de Luz Angélica y al preguntarle qué ocurría sin obtener respuesta forzó la puerta y la vio sentada en el mismo retrete donde él había acabado de evacuar. Ella tenía la ropa interior en sus tibias y la entrepierna embadurnada de sangre oscura. Enseguida él la metió bajo el fluido desordenado de la ducha y llamó a un taxi que los llevó a la clínica en donde no la atendieron inmediatamente, pues Óscar había olvidado el carné que los acreditaba como afiliados a dicha empresa de salud. Luego de dejarla en la sala de espera al cuidado de un par de ancianos volvió lo más pronto que pudo con los documentos. El resto de la jornada

fue una sucesión de lamentos fingidos que inició con el ginecólogo y terminó con la madre de Óscar quien debió sentirse aliviada ya que jamás imaginó a su hijo casado con una “putona de esa calaña”.

Todo esto recordaba mientras los párpados se le pegaban malheridos por esas noches largas de trabajo en las que los dedos de su mano izquierda pisaban las cuerdas del violín, la derecha se acompañaba con el arco, y su pensamiento volaba hacia las islas del pacífico sur en las que trasegaba delirios junto a Cielo.

2

En la asamblea anual –según el calendario Agarathi– llevada a cabo en el auditorio de las sibilinas cavidades imperiales, se discutía al calor de las ideas de renovación:

—Simplemente estamos buscando el sol para poder dormir abrigados en su sombra cálida. – Afirmó con tono flemático el monarca del reino.

—El sol encegueció a nuestros antepasados. El primer hombre y la primera mujer fueron advertidos cuando el Creador les dijo que podían hacer todo lo que quisieran menos mirar al firmamento y ella incitó a su macho para que elevara la cabeza y él, encandilado con la belleza portentosa del astro, invitó a su hembra para que también lo viera. Durante cuarenta noches y cuarenta días no cesaron de observarlo hasta que el Creador les infligió, a modo de maldición, una ceguera que como hoyo negro los condenó a vivir bajo tierra junto a las ratas y los topos para que así pudieran soportar el exceso de luz que provenía de ellos mismos.

—No entiendo cómo pudieron intuir el sol durante cuarenta noches. —Le replicó el monarca en un arranque propio de confianza adolescente.

—¿Acaso su majestad ha percibido el sol para saber que no aparece en las noches?

—No, pero a partir de los estudios hechos por el honorable doctor Herbert Wellington se puede deducir que el sol sale en los días y por eso es que hay una periodicidad que les permite a los habitantes de la superficie algo que nosotros tenemos vedado: dormir.

—Permítame decirle dos cosas su majestad. En primer lugar el señor Wellington es un impío que jamás tuvo en cuenta los predicados de nuestra tradición y la tradición es la base del conocimiento. Por lo tanto todos los estudios de su autoría carecen de una base científica que los avale. En segundo lugar, ¿para qué el monarca quiere dormir? Recuerde el momento en que uno de los hijos de nuestro primer macho decidió desobedecer y pisar el suelo; logró dormir y con ello vinieron los sueños, cuando despertó una desazón impronunciable por su grandeza lo anegó de tal manera que tuvo que morir por sus propias manos tomándose el cuello hasta perecer asfixiado. El dormir conduce a los sueños y el acto de soñar tiene una impronta ponzoñosa para la vida.

—Me permito hacerle una pregunta a usted gran jefe del Concejo de los quince sabios —en ese momento el joven gobernante intuyó la presencia de todos los habitantes del reino que escuchaban aquél diálogo sin comprender mucho de lo que decían las dos figuras más notables—. ¿Ha dormido alguna vez?

—Nunca, gracias a que he seguido los preceptos del Creador.

—¿Entonces jamás ha soñado?

—Por supuesto que no —contestó el anciano.

Repentinamente intervino otro viejo del Concejo de mayor edad que el jefe.

—No se tiene noticia del dormir de esta noble raza desde los tiempos inmemoriales en que esta tierra fue visitada por ese monstruo de párpados separados que se conoció como Bogotá. Este idiota puso en peligro nuestra especie entera con su ignorancia atrevida llegada desde la superficie. A partir de esa era arcaica se prohibió rotundamente resguardar bajo suelo descubierto o volver a dormir bajo los efectos de alguna entidad astral.

El joven monarca guardó silencio por unos instantes y, antes de que comenzaran los murmullos entre la gleba, la arengó.

—Este respetable cuerpo colegiado ya ha cumplido su función. Los sabios sólo se remiten a las tradiciones para defender sus supuestos argumentos. Estamos en una nueva época, un momento de renovación y cambio en el cual muchas de nuestras creencias se verán rebatidas, si tenemos entereza suficiente para emprender este camino nos encontraremos ante posibilidades insospechadas; los invito a que voten positivamente a mi propuesta de conquista del suelo que nos impide sentir la luz del sol. Por esta razón, de llegar a cristalizarse este cambio, el consejo de los sabios será revocado por la voluntad de la mayoría de habitantes ante las incontrovertibles pruebas de que el sol nos brindará una mejor vida. Olvidaremos estos tiempos de frías penumbras.

—Pero usted no ha contestado a nuestras réplicas –le dijo con un tono suplicante el jefe del Concejo de los quince ancianos—. Además, este cuerpo colegiado es inmune a cualquier tentativa de revocatoria de un monarca. Así lo dictan nuestras leyes.

—Qué importan los argumentos –dijo el monarca envalentonado—. Qué importan las leyes

viejas si estamos ante la perspectiva de una nueva era.

El auditorio estalló en aplausos y todos votaron positivamente la propuesta de su joven e intrépido gobernante. Los viejos fueron decapitados y el Consejo se cerró para siempre en una cena en la que fueron devorados –una comida que comprendía raíces, tubérculos y magma proveniente de las entrañas de la tierra– por los ilustres y jóvenes comensales liderados por el monarca y acompañados por la honorable presencia del artrítico doctor Herbert Wellington.

3

Las montañas que bordeaban la lúgubre ciudad se estremecieron de repente. Un rumor surgió desde el fondo de la cima de la cordillera que coronaba una miserable iglesia parda. Óscar levantó los ojos hacia al cielo raso como clamando una respuesta a ese Dios en que no creía. Sin embargo, en esta mañana la ausencia de Dios estuvo más presente que nunca brillando como un esposo cornudo que se deleitara dolorosamente al observar el sometimiento de su adúltera cónyuge.

La tesis del escepticismo radical de Hume lleva a poner en duda hasta el mismo suelo en que pisamos; siendo que ninguna lógica –por perfecta que fuese– podría demostrarnos definitivamente que el piso no se desvaneciera en el instante en que diéramos el siguiente paso; siendo que ninguna lógica podría desmentir que este suelo que ahora pisamos no se volviera, de un instante a otro, en un mar de lava espeso que nos arrastrara por millones de ojos, bocas, continentes y angustias desahoradas e incomprensibles para cualquier mentalidad de la raza humana.

Nadie más que el testigo de un inmenso terremoto podría comprender este estado de patética

incertidumbre. Esa mañana –que pronosticaba un mal tiempo y un día de menos para los habitantes de Bogotá– se incrustó en la terrible memoria al momento de producirse la sacudida en el horrible altiplano, semejante a la que derrumbó a San Francisco en el año de 1906.

Eran las 5:20 a.m. del 18 de abril de 1906 cuando la ciudad californiana de San Francisco sintió el mayor sacudón de su historia. Este Gran Terremoto, como se le conoció, quedó registrado en los anales –junto al incendio que le proseguiría– como una de las grandes catástrofes naturales sufridas por los Estados Unidos. El terremoto afectó una vasta zona a lo largo de 477 kilómetros: desde Shelter Cove, al norte; hasta San Juan Bautista, al sur; damnificando fundamentalmente la ciudad de San Francisco erigida a lo largo de la falla de San Andrés. La colisión se originó debido al movimiento intempestivo de la placa oeste que, contradiciendo su desplazamiento natural por año de 1,5 pulgadas al norte, esa mañana decidió moverse 20 pies al norte durante los 20-25 segundos que duró el terremoto.

Óscar –tras dirigirse a la ventana como un sonámbulo, dispuesto a dormir la inclemente jornada de su parodia laboral– se sorprendió al ver como ese retrato –que observaba nostálgicamente

hacia pocos segundos— se destrozaba en pedazos al caer al suelo sin explicación aparente. Pensó que tal vez era cosa de telequinesis. Había estado averiguando al respecto e incluso había discutido con su amigo, el filósofo Jarry, sobre la extrañeza de estos fenómenos reales que la ciencia no se ha atrevido a explicar. No se detuvo a considerar que quizá el movimiento de los objetos con la mente obedece a algún secreto estado de concentración, quizá de correspondencia entre la atención del psíquico y el objeto movido. Relación que no se cumplía en dicho caso puesto que la atención de Óscar había pasado del retrato al sopor pesado del cansancio.

La ciencia positiva no se atreve a explicar los llamados fenómenos paranormales; no porque estos en sí mismos carezcan de interés científico sino porque se presentan como una imposibilidad de demostración y predicción que obstaculiza todo intento de formular leyes generales; y la ciencia positiva se ocupa de expresar leyes generales no de las exuberancias y mutaciones que se puedan originar en la naturaleza. No obstante, la vida en el universo, como se pretende exclusiva del planeta tierra, resulta la exuberancia más descabellada que se pueda pensar.

Al retrato le siguió el jarrón y luego fue todo el departamento, quizá el edificio. Óscar lo sintió desplomarse, moverse como una barca a la intemperie de una brava oleada, ahora estaba convencido de no encontrarse frente a un fenómeno paranormal; tenía la clara conciencia de estar viviendo un desastre natural y eso le llenó aún más de congojo.

4

Agotados de una vigilia interminable auscultaron el suelo que los separaba del firmamento que podría darles el calor del sueño.

Se conformó un grupo de excavadores que manipulaban las máquinas destinadas a remover rocas y tierra más allá de lo que anteriormente se hubiera explorado. Otro grupo de guardianes se ocupó de la seguridad de los trabajadores que abrían un sendero para ascender a la superficie; el joven monarca lo comandó. Tras ellos venía la llamada sección nodriza: esta escuadra se encontraba compuesta por mujeres y un grupo de niños escogidos al azar quienes deberían ser los primeros pobladores de la raza en la superficie. El último grupo era el de la elite ilustrada y se encontraba encabezado y dirigido por el doctor Herbert Wellington.

Las máquinas dinamitaban las obstrucciones que salían a su paso. Con cada estallido las caravanas humanas se ladeaban y debían aguardar a que otras máquinas limpiaran los escombros que las primeras ocasionaban, de esta manera quedaba el sendero despejado para los aventureros de la raza. El joven monarca se encargó de presionar a los excavadores y logró que, a pesar de que existía agotamiento entre

los operarios, la promesa del dormir y el soñar los impulsara a trabajar denodadamente.

Luego de atravesar todas las capas que el doctor Wellington había predicho en sus teorías se encontraron con una inclasificable: era una textura similar a la de las piedras. Sin embargo, su densidad era ostensiblemente mayor. Esta última capa les generó más esfuerzo y voluntad, por lo cual la presión ejercida por el gobernante se hizo casi insoportable. Tuvieron que utilizar una gran cantidad de explosivos con el fin de abrirse paso a lo que consideraron sería su último escalón para llegar a la gloria del descanso.

Una gran eclosión sucedió al último estallido, la tierra se reventó y el material desconocido envolvió a los exploradores. Uno de los miembros del grupo que manejaba la maquinaria decidió tomar la delantera y abrirse paso con sus propias manos alentado ante la posibilidad de hallar el lugar donde él, y todos sus congéneres, habrían de encontrar el reposo negado durante tantas generaciones.

Después de unos minutos de confusión, el joven monarca hizo un preocupante inventario que dio cuenta de que en el grupo de máquinas hacía falta uno de los integrantes. La situación se agravó cuando corroboraron que no había más explosivos. Sin embargo, gracias a la motivación del

gobernante, optaron por continuar abriendo camino con sus manos.

Entretanto el expedicionario perdido y determinado continuó apartando piezas del material desconocido. Removió un gran trozo de escombros con los arrestos de su esfuerzo y desgarrando su carne pudo sentir que hacia arriba se habían acabado los obstáculos. Por fin había logrado llegar a ese lugar prohibido por los dioses desde tiempos remotos. Sería el primero de los de su raza en conquistar la superficie. Estiró su brazo derecho hacia arriba y sintió cómo una corriente fría envolvía su mano, intentaba atrapar la brisa helada abriéndola y cerrándola quedándose con la sensación de vacío. Aún no podía sacar todo su cuerpo y los esfuerzos que realizaba parecían no arrojar resultado alguno. No cejaba en su empeño, prefería morir en el umbral de su deseo que volver al subsuelo derrotado y silencioso.

Súbitamente su estómago le hizo recordar que desde hacía muchas horas no había ingerido alimento. Lo único que tenía al alcance era una porción de tierra y, planteándose la posibilidad de ingerirla, estiró su brazo tanto como pudo con tan buena suerte que halló una amorfa masa carnosa muy similar a la suya. Sin meditarlo mucho tiempo acercó a su boca la misma y la mordió devorando el pedazo, sintiendo un gusto similar al que tenía la

carne de los ancianos del concejo; con la salvedad de que de ese amasijo corría una dulce leche que lo retrotrajo a momentos de su infancia. Un fuego líquido se clavó en su garganta apenas tragó el primer sorbo. Antes de que la ausencia de respiración le apretara tanto el cuello hasta perecer, y que emitiera un grito agudo y profundo, la mano que había logrado llegar a la superficie fue agarrada por una ponzoña monstruosa y delicada que lo halaba.

El monarca decidió encabezar el grupo de los maquinistas. Era el primero que escarbaba el camino anegado de fragmentos del material desconocido y denso que apartaba con unos movimientos similares a los que efectuaba cuando nadaba en una de las piletas reales. En uno de esos enérgicos movimientos, una ráfaga se inyectó en las palmas de sus manos ya libres de tierra. Intentó aferrarse a esa sensación fresca que circuló por todo su cuerpo hasta ocasionarle un plácido escalofrío. Luego de repetitivos e inocuos intentos decidió apoyar las manos en los bordes del hueco que abrió y, haciendo un último esfuerzo a partir de los resquicios de aliento que le quedó, logró salir – efectuando un ejercicio similar al de fortalecimiento de brazos que todo monarca debía recibir apenas llegara al tope de su crecimiento corporal–. Erigido

sobre el suelo que le había impedido dormir a su raza el joven rey sintió que por los orificios sin nombre que había en los costados del comienzo de su nariz manaban unas gotas tibias y se preguntó si esa sustancia no formaba parte de los sueños peligrosos que los viejos habían aludido.

5

Óscar estaba tumbado encima de un promontorio de madera y concreto devastados. Una inmensa estela de polvo envolvió su rostro cansado. Bajo su cuerpo, entre los escombros, brotaban gritos. Escarbó desordenadamente moviendo algunos fragmentos de cemento con sus escasas fuerzas –ayudándose con el sombrero negro de charro que aún conservaba pese a la hecatombe– hasta que encontró una mano asomada por un pequeño agujero. Esta se movía, se abría y cerraba buscando tomar lo primero que se encontrara en la superficie. Óscar intentó remover más piedras pero los fragmentos que estaban sobre el dueño de aquella mano eran enormes. La mano tenía las dimensiones de la de un niño, aunque sus dedos regordetes, y la textura paquidérmica que había sobre su lomo, delataban muchos más años que los de un infante. Óscar intentó recordar si tenía algún vecino enano y, sin lograr establecerlo con claridad, estrechó aquella extremidad halándola un poco hasta que escuchó un grito de dolor que vibró hasta estremecer sus vísceras, de manera que se dedicó a acariciarla. Poco tiempo después la mano se enfrió y quedó tiesa.

Un coqueteo de asma anegó los bronquios de Óscar; con desesperado esmero palpó en su esmirriado traje de mariachi en busca del inhalador que desapareció así como mucho antes habían desaparecido sus anhelos de gran compositor. Elevó su cara. Si bien Bogotá aún estaba poblada de polvo éste era menos denso y le permitió divisar su alrededor. El cerro –coronado por la escuálida iglesia– descendió muchos metros. La cadena montañosa que bordeaba a la ciudad se tornó en una simple sucesión de colinas incapaces de contener el viento que se postraba en las anchas ventanas nasales de Óscar. A su alrededor advertía más escombros y personas que deambulaban como muertos que se levantan de su sueño con el desengaño propio de quienes descubren el fuego fatuo de la eternidad. De todos los puntos cardinales brotaban rugidos de ambulancias remontándose a la sensación que tuvo cuando se encontró por primera vez con Cielo. Se incorporó y caminó –con un intenso dolor en la pierna derecha– sin tener más que las colinas orientales como punto de referencia. Sólo quedaban restos de las calzadas. Óscar coligió que se encontraba en la avenida Séptima porque, debajo de un semáforo caído que emitía chispazos en su agonía, aparecía un aviso verde y magullado que así lo indicaba. Supo hacia donde quedaba el norte, sector en el cual Cielo vivía desde que se casó con el tipo con el que aparecía copulando en un

vídeo que llegó por coincidencia al correo electrónico de Óscar.

Óscar intentó correr. A cada paso dado pisaba respiraciones dificultosas sembradas bajo las toneladas de una ciudad devastada. Tropezaba con restos de hombres y mujeres sorprendidos por algún poste de luz que magulló sus cabezas; incluso realizó, para abstraerse del horror, una suerte de campeonato en donde calculaba cuál de todos esos artefactos tenía bajo sus entrañas la mayor cantidad de cadáveres.

Con Cielo deseó compartir techo, cama y vida. Era una rubia menuda dedicada a la mecanografía de trabajos para universitarios. Trabajaba justo al frente de la Universidad de Los Andes y aunque era cortejada por una gran cantidad de estudiantes, quienes le ofrecían salir a lugares costosos, se mantenía indiferente a sus solicitudes pedantes y pretenciosas –como se lo decía a Óscar cuando se encontraban para almorzar–. Por aquél entonces Óscar era bibliotecario de la Universidad del Rosario durante el día y en las noches se dedicaba a estudiar música, emponzoñado por el sueño de erigirse como compositor.

En una esquina Óscar encontró a un niño de no más de cinco años que se frotaba, con sus manos llenas de polvo oscuro, los ojos humedecidos. Su

carita quedaba embadurnada de lágrimas y tierra. El mariachi advirtió que al lado del niño estaba tendido el cuerpo ensangrentado de una joven, sometido al peso de un inmenso trozo de concreto raído, quien supuso era la madre del chico. Sin articular palabra alguna lo tomó de la mano –ésta era tan paquidérmica como la que antes había auxiliado infructuosamente– y reemprendió su camino.

Cielo salía a las seis de la tarde de su trabajo y él siempre la esperaba para ir a tomar un café. Cuando Óscar no tenía clase nocturna se dirigían a algún motel de Chapinero en donde los pechos firmes de ella lo supeditaban a la placidez y el olvido de sus días, reflejados en una marejada de besos que, cuando los recordaba atravesando las calles desaparecidas de la mano del niño paquidérmico, acrecentaron su tristeza.

En la que presumió había sido una esquina de la ciudad, Óscar fue víctima del embate de un enorme sujeto con la apariencia de un mendigo. El tipo lo miró fijamente con sus ojos azules, desenfundó de sus bolsillos un cuchillo y se lanzó diciéndole que era el momento de la venida del Señor en el cual los pobres y maltratados tendrían su oportunidad. Óscar corrió a pesar del dolor intenso clavado en su pierna. Después de unos metros volteó la mirada y advirtió cómo el tipo ponía al niño boca abajo y se

bajaba los pantalones. Quiso volver pero el calor seco del mediodía y la búsqueda de Cielo pudo más que la ayuda. Dio la espalda a la escena y el recuerdo del llanto del niño lo agotaba más que la misma caminata.

Óscar solía ver los vídeos que por correo electrónico le enviaba un compañero de trabajo. La ocasión en que tropezó con el de Cielo estaba animado porque el vídeo se intitulaba “Colombiana caliente”: ella estaba boca abajo –como el niño– con la fruición de una mujer ansiosa por ser accedida, gritando como una hiena ante la andanada de un tipo adusto a quien Óscar identificó de inmediato, pues era un estudiante de la Universidad de Los Andes que solía ir para que Cielo le mecanografiara algún trabajo.

Ignoró cuántos sesos regados por el suelo había pisado hasta que se sintió perdido en una inmensa planicie de una ciudad que ya no era la que él habitaba. Decidió recoger los pasos dados en el lapso del dolor de sus recuerdos y salvar al niño paquidérmico de aquél energúmeno. Cuando llegó al lugar el tipo ya no se encontraba pero el niño sí: estaba boca arriba con los brazos extendidos. Un hilillo de sangre manaba de alguna parte de su cuerpo, el torrente desembocaba en un charco espeso a escasa distancia de su cuerpito. Óscar se encontró una vez más con un cadáver.

6

Ellos venían desde adentro de la tierra y ascendieron más allá de lo imaginado por generaciones sometidas al miedo y la vigilia. Creyeron hallar el anhelado reposo del que se hablaba en los cultos prohibidos y las historias que se narraban en los secretos de la comunidad. Halaron las máquinas y, con un último esfuerzo descomunal, apoyaron la planta de sus pies en lo que parecía ser el suelo que abrigaba el mítico rey astro⁹. Abandonaban su sistema milenario, urdido con elementos fundadores que se cocían en el interior de la tierra, calderas y gases originarios.

Quisieron hallar el descanso de los justos en el calor que proporcionaría la caricia del sol, pero se encontraron con el frío y marejadas de viento. Los más pequeños tosían y de sus bocas brotaba espumaraja. Las madres trataban de darles cobijo apretándolos contra sus pechos pero no era suficiente para vencer los aires gélidos. Todos se preguntaron si la humedad polvorienta que los envolvía era el sedimento de los sueños.

⁹ Para mayor información sobre el mítico astro rey ver ESTERTOR DE MORIBUNDO. Cermeño, Escovar, Marsella.

Un detalle no previsto: el ropaje. Herbert Wellington habló de las antiguas vestiduras que algunos de los más ancianos usaban en ciertas ceremonias herméticas. Siempre consideró que la razón por la que ellos usaban pieles pesadas, calzaban cuero y se ponían esa lana ridícula en la cabeza obedecía a una secreta causalidad mágica con los antiguos dioses. En el subsuelo estos atavíos carecían de utilidad, aparte de servir como artilugios de adoración. ¿Quién iba a imaginar que estas indumentarias obsoletas eran rezagos vivos provenientes de los antiguos hombres del reino que vivieron bajo los rayos del sol? ¿Quién podría creer que aquellos hombres tímidos y supersticiosos que se opusieron radicalmente a la expedición estaban más preparados que aquellos que la emprendieron?

La excitación no podía ser mayor: por más que saltaran y se estiraran no había obstáculos que contradijeran su creencia de encontrarse "a cielo abierto". Con la promesa del sueño aguardarían hasta sentir el calor del sol. Tal vez fuera cierta la tesis del Dr. Wellington que aseguraba que no siempre el sol salía y seguramente el frío obedecía a que estuvieran en ese período llamado *noche*. Sobrevivirían al frío y hallarían la manera de protegerse.

La suerte no tardó en proporcionarles para la alimentación algunos cochinos que encontraron a

su paso. Unos cochinos torpes detenidos en un momento evolutivo en el que su inteligencia no estaba formada y que rugían vacuidades con sus rudimentos apenas básicos del lenguaje. A pesar de la constitución desagradable de los animales llenos de cabellos ásperos como de llama y unos órganos viscosos en su jeta –aparentemente muy sensibles– de los que proferían sonidos repugnantes, el sabor de las bestias era particularmente dulce y apetitoso. No dudaron en comerlos cada vez que alguno salía en su camino. Parecían encontrarse en una infinita porqueriza, no daban más de un paso y tropezaban con los chillidos de los cerdos diseminados por el suelo. No todas las bestias porcunas comportaban un temperamento domado y muchas demandaban un exceso de fuerza, el animal debía ser doblegado con la paciencia de varios exploradores y de armas. Por este motivo, para ahorrar esfuerzos, prefirieron atacar a cochinos menos vigorosos.

Tras una larga búsqueda y después de haberse propiciado un festín de dioses, los conquistadores empezaron a sentir en su carne el efecto de un poderoso mineral que les lastimaba los rostros. Algunos advirtieron que por sus mejillas trasegaba un extraño líquido salino que desembocaba en las comisuras de sus labios. Esta sustancia ejercía una suerte de aflicción y abnegación incontenible en sus conciencias. El doctor Wellington animaba a sus desolados coterráneos con la promesa de resguardar

el sueño pues empezaba a sentir la derivación de un favor astral. Wellington los dirigió hacia un lamento. Un cerdo presuntamente ovillado se estaba quejando. Respiraba como si de su pecho saliera el silbido de un pájaro moribundo. Escucharon con extrañeza que ocasionalmente el sollozo cesaba y entonces un sonido de trompeta venía hacia ellos como vaticinio del cielo. Un niño de la exploración se acercó a consolar al animal y pudo constatar que su cabeza semejaba un portentoso sombrero. Bajó un poco la mano en busca del rostro porcino y se encontró con la mitad de una textura lisa, curva y humedecida con un líquido salino similar al que había recorrido las mejillas de los conquistadores. Con la inquietud propia de los niños tocó la barbilla del animal y se apenó por el pobre bicho. Le hizo apapachos. Uno de los mayores que iba con él quiso constatar qué sabor tenía aquella fiera. Invitó a otros a probar bocado. Mientras lo comían aún sintieron el corazón latente del cerdo y su lamento interrumpido por el sonido de la trompeta. El niño se acomodó al lado del animal y lo acarició hasta que los lamentos cesaron.

A las 9:00 a.m. acaeció el terremoto que destruyó gran parte de Bogotá. Las áreas en las que se produjo el mayor daño fueron el centro histórico y el cerro de Monserrate. De allí se extendió el fuego colateral

por los cerros orientales que calcinó el norte de la ciudad, arrasando barrios hasta detenerse en el kilómetro 21.8 de la ruta de salida de Bogotá. Los barrios ubicados en el sur y en el occidente de la capital –en su mayoría habitados por asalariados y desempleados– no sufrieron mayores daños con el movimiento telúrico. Los científicos aún discuten la naturaleza extraña del cataclismo. Los aparatos de predicción de desastres no dieron ningún registro de actividad violenta de las placas tectónicas en la hora en que se presentó la tragedia. Dos horas más tarde se supo de un pequeño sismo que se creyó una réplica del primero pero que destacados investigadores consideran que fue el único ocurrido aquel día y que fue totalmente insignificante comparado al movimiento que desató la destrucción gigantesca que padeció la ciudad.

Según el semiólogo mexicano de CLACSO, Heriberto Guels:

La irracionalidad del hombre siempre latente en la mayor parte de los actos de la vida se manifiesta crudamente en los sucesos imprevistos como los accidentes, la muerte súbita y la violencia gratuita. En su afán de comprensión se aparta del seguimiento fino de la lógica y entra al terreno abstracto e indeterminado de la ficción y el mito. Las explicaciones de orden fantástico y sobrenatural no se hacen esperar cuando surgen las catástrofes.

En las fabulaciones absurdas los humanos depositan el poco sentido que no encuentran en el caos de su ambiente.

Muchas historias inverosímiles empezaron a circular al mediodía en las desordenadas calles. Al parecer un grupo de indigentes enanos y hambrientos del centro de la ciudad, desesperados por el hambre, decidieron practicar la antropofagia. Los estados de severa crisis y angustia colectiva pueden provocar este tipo de conductas reprochables en gente con débil carácter y un sentido voluble de la moralidad.

Un testigo suministró un testimonio confuso y oscuro que sólo demostró el estado de conmoción de quien lo narró:

—El infierno se ha abierto paso. Desde los siniestros círculos infernales, que duermen en la profundidad de la tierra, salieron demonios como paquidermos-hombres, como niños envejecidos y pasados por un horno crematorio con ligeras ropas prehistóricas, con los párpados clausurados... imposibles de imaginar albergando globos oculares y sueños humanos..., marchaban frenéticamente los unos tras los otros con una expresión gravemente fatigada, destrozaban lo que les venía enfrente y hombre, mujer o niño que encontraran lo engullían al instante.

Infinitas horas de pánico y anarquía en que la cordura de los ciudadanos se puso en entredicho. Un carnaval de sangre y horror con pocos antecedentes posteriores a los sufridos por los pueblos víctimas de la peste en Europa. A la caída de la tarde era poco probable que el proceso de destrucción, que colgó patas arriba la ciudad durante el día, fuera a detenerse. La ciudad era una llamarada viva que fulguraba en humos tóxicos y hogueras naranjas que amenazaban con intensificarse fruto del inclemente viento que azotaba desde las lomas encendidas en un aquelarre de perversas pesadillas actualizadas. La luna llena de aquella noche proveyó la luz necesaria para suplantar la carencia de energía eléctrica. Los indigentes, más que nunca, se volvieron un emergente problema de estado. Las medidas de contingencia se declararon con apremio. Los organismos de socorro levantaron las llamadas de solidaridad al planeta entero. La ayuda internacional poco sirvió a un problema del que se desconocía el origen. Un desastre de dimensiones colosales. La ciudad se atacaba a sí misma como un cuerpo cuando es engañado por sus propias defensas al dejar de reconocer los elementos invasores del virus y los tejidos propios.

En la noche, incesantemente asediados por unos hombres inhumanos que parecían haberse

arrancado los ojos, de voraz apetito y fuerza inconmensurable, los bogotanos se vieron acechados por un escalofrío que parecía provenir desde el suelo. Una guerra se desató en medio de las calderas que consumían los cerros. Los hombres iban y venían en busca de municiones y armamento para fustigar a los invasores. Los perpetradores respondían con sus propias armas y los hombres veían con espanto cómo las víctimas eran desolladas en plena calle ante la mirada atónita de todos. Raptaban a los niños de los brazos de sus madres para alimentar a sus propios críos mutantes. Estos misántropos poseían una facilidad asombrosa para hurgar en la noche y su tacto increíblemente evolucionado, mezclado con un sobrenatural olfato, imposibilitaba un refugio seguro. La noche fue tomada por los frenéticos seres.

El presidente de Colombia tuvo que alojarse temporalmente en Medellín al quedar totalmente en ruinas el palacio. Comunicados desde Bogotá le informaban la gravedad de la situación. Quedó claro que por la noche no se permitirían operaciones militares apresuradas. La noche era una promesa de bacanal satánico. La orden estaba dada: debía ser bombardeada la capital apenas amaneciera. Los vetustos aviones de guerra habrían de partir desde distintos puntos del territorio para escupir su saliva de fuego sobre el lugar que había sido invadido por esos seres caníbales venidos desde la prehistoria.

El bombardeo se perpetró a poco menos de cumplirse veinticuatro horas de la catástrofe. Era necesario acabar con la anarquía que imperaba en Bogotá. El presidente asumió su responsabilidad bajo el pretexto de que era mejor brindar el mal a unos pocos que a la mayoría, alegando además que el país que representaba estaba acostumbrado a retos de dicha índole. Bogotá quedó reducida a un promontorio de ruinas sobre ruinas.

La superficie se volvió más silenciosa, lo que permitió a los pobladores subterráneos avanzar con más rapidez por la porqueriza. Los animales chillaban con mayor fuerza generando un ambiente insoportable. Algunos cerdos coléricos se iban contra el grupo de expedicionarios con la intención de atacarlos. A los conquistadores les pareció una conducta extraña en los animales y consideraron que tal vez se encontraban en un territorio lleno de marranos salvajes.

El frío se fue mermando a medida que engullían más carne de los puercos que –muertos o moribundos– tapizaban el suelo que los conquistadores pisaban. Una creciente ola de tibia se fue inyectando en la carne paquidérmica, calor que algunos consideraban consecuencia de la

ingestión de los porcinos de la superficie y otros, más entusiastas, lo adjudicaron a la pronta aparición del astro incandescente en el cielo.

Estruendosos golpes empezaron a azotar la nueva tierra que habían conquistado en las alturas. Un miembro del primer grupo de la expedición, operador del equipo de máquinas de excavación, advirtió la semejanza entre los estallidos que ahora reventaban cerca de sus oídos con los de la dinamita utilizados por ellos para romper los trozos de capas que los separaban de la caricia abrasadora del astro prometido. Pensó que probablemente era el efecto de los embates del sol de la mañana y los rastros del sueño que tanto temían en la tradición urdida en el pasado. No alcanzó a que un grito saliera de su boca, para avisarles a los demás, cuando llegó una oleada de calor que lo derritió como los cuerpos de los metecos que eran lanzados vivos a los abismos incandescentes de su civilización. Los miembros de la expedición corrían de un lado para el otro sin destreza, debido al terror que se apoderaba de cada uno de los exploradores. En todos ellos arribaba la tentativa por recordar vidas sin siquiera poder rasguñar los rastros de sus ancianos deseos.

El doctor Wellington vio cristalizado el pronóstico de los sabios. Huyó sin tener un rumbo, vociferando un reproche: “Por qué me hicieron caso, jóvenes estúpidos, los viejos que hemos

tragado lo sabían todo pero nosotros no hicimos más que eliminar su testamento y no quedarán...”, un asalto del sol lo hizo confundirse con las llamas. Era el efecto del devorador astro que le entregaba el precioso y despedazante velo de los sueños.

Quizá la vida sobre el suelo no era otra cosa que la resignación a verse reducido a los deseos urdidos en el dormitar. Tal vez no quedaba escapatoria: sólo restaba recordar, por medio de ese lenguaje infértil y tosco de los monstruosos cerdos, lo que alguna vez se quiso ser y no se pudo.

7

Hambre y frío. El joven monarca dio unos cuantos pasos hasta que sus pies tropezaron con algo blando: le propinó un par de puntapiés, se acuclilló y comenzó a palpar lo que estaba tendido en el suelo que creyó estar conquistando. Era alguien con la misma estructura de él o cualquier otro miembro de su comunidad, aunque contaba con extremidades más extensas y el pelo largo. Pensó que probablemente era una hembra que correspondía a la misma raza del legendario y maldecido Bogotá, a la cual todos los miembros de la expedición habían asimilado como porcuna. Sin dudar lo tomó uno de los brazos de aquel ejemplar enorme y le propinó una mordedura. La carne era mucho más tierna que la de cualquiera de los ancianos del Concejo y la sangre aún estaba tibia, brindándole una exquisitez a su bocado jamás antes sentida por el gobernante. Comió hasta hartarse. El abrigo de aquella sangre le propinó una calidez que lo indujo a incorporarse. Una vez más asomaban gotas por sus orificios faciales. Mientras con uno de sus anchos antebrazos se las quitaba del rostro – secándolas contra su piel– pensó que seguramente para eso servían y que no eran un simple estorbo en la creación. Antes de que terminara de limpiarse una enorme mano tomó la que él tenía libre. El dueño

de aquella extremidad, que seguramente era otro puerco, profería ruidos incomprensibles para el joven monarca.

Uno de los grandes defectos que nuestros antepasados hallaron en el puerco Bogotá era que utilizaba un lenguaje impropio que jamás era coincidente con las cosas o sentimientos a los que quería aludir. Nuestros antiguos descubrieron que ellos más que comunicarse, lo máximo que lograban era delinear el mutismo. Así le había dicho uno de sus maestros de historia al monarca cuando lo estaban preparando para suceder a su padre en el trono días antes de que éste se hubiera matado en la pileta donde el entonces príncipe solía jugar.

La fuerza de aquél cerdo que no cesaba de parlotear lo obligaba a caminar sobre el suelo desigual que lastimaba la planta de los pies del gobernante. Caminaban en línea recta y el joven monarca ni siquiera intentaba soltarse y salir corriendo, en un hábitat como ese él estaba en inferioridad de condiciones. Se figuró en el futuro alusiones a su nombre en todas las academias del reino en donde lo etiquetarían como el conquistador inconcluso, como el mártir que tuvo que dar su carne a las fauces de los monstruos porcinos *Bogotá* para que los demás miembros de la comunidad se dieran cuenta de que era posible poblar nuevos mundos y que así cayeran las

supercherías que sometieron a toda la civilización durante cientos de años.

Súbitamente emergió otra voz que emitía sonidos similares al monstruo que lo había llevado; seguramente estoy en el umbral del lugar donde seré engullido por estas bestias; la mano que se aferraba a la suya se soltó y por unos instantes sintió la inasibilidad del frío que venía como el aliento de sus incontables compañeras cuando culminaban el acto reproductivo. El dueño de la voz que irrumpió apoyó sus manos en la espalda del joven monarca y lo tumbó boca abajo. El gobernante intentó incorporarse pero las fuerzas que había retomado con la ingesta de la carne desaparecieron. Luego sus pantalones fueron desabrochados y una masa descomunal ingresó a sus entrañas. El cerdo temblaba y su idioma se transformaba en una sucesión de sonidos guturales entrecortados. La boca del joven monarca se llenaba del polvo del suelo y mientras trataba de identificar el sabor que anegaba su lengua intentó olvidar el dolor que lo taladraba. El gobernante se entregaba a algo llamado destino cuya intuición aparece cuando la vida toma un torrente ciego donde ninguna voluntad puede ofrecerle resistencia.

El cochino dejó de temblar y sus gritos desembocaron en la marcha cansada de unos suspiros carrasposos. El joven monarca, al sentir que

el cuerpo de su atacante se separaba de su espalda, alcanzó a tomar el miembro ya flácido con el cual había sido accedido. Dio una rápida vuelta e hincó sus dientes sobre la masa carnosa cuyo sabor tenía algo de las entrañas de él mismo y una humedad que al parecer era el vector de la vida de los cerdos *Bogotá* como lo era en todos los de su raza. Ese líquido se mezcló con la sangre tejiéndose en la boca del gobernante la trama de la vida latente y de la muerte que se derramaba a través de un torrente dulce y metálico.

El porcino monstruoso se quejaba pero ello no le impidió tomar al pequeño rey de los sobacos y, después de tenerlo en pie, le clavó una navaja en el pecho agitado del pequeño. Ese era el efecto de los sueños que tanto temía la tradición. El gobernante volvió a caer pero esta vez boca arriba. Con su cara dirigida al firmamento consideró que toda la vida que le precedió a ese instante no era más que un sueño producido por haber puesto su rostro frente al astro que dividía los días de las noches.

8

Óscar continuó caminando, intentando calcular la suerte del pequeño paquidérmico sometido a la voluntad del indigente. Amparado por la efigie del sombrero charro se figuró como un disparo sometido a las ciegas realizaciones de alguien que arrasaba con la voluntad de cualquier humano. Después de muchos años sintió el arrebató de arrodillarse y orar a través del silencio, renunciando así a cualquier modulación que lo único que hacía era llenar de más espanto los instantes de la vida. Si bien no concretó su impulso gracias a la noción de ridículo que aún persistía en él, todo aquél desgaste se reflejó en su paso zigzagueante y en su empecinamiento por encontrar a Cielo sentada sobre los escombros de la que había sido su casa ubicada en un barrio del norte.

Óscar ignoró cuánto tiempo caminó y cómo se encontró con el cadáver de Cielo. Logró distinguirla pese a que la mitad de su rostro parecía un estallido. Se acuclilló junto al cuerpo inerte. Quitándose el sombrero charro –que le dejó un rastro rojo a su frente despejada gracias a la incipiente calvicie– perpetró un gesto de reverencia. Escarbó en el cuerpo de Cielo, quería saber qué estaba haciendo durante su última exhalación. Esculcó en los

bolsillos del pantalón de sastre de la muerta y se encontró con una foto de ella para documento cuyo fondo azul le hizo recordar a Óscar la promesa inconclusa de que junto a él habría de conocer el mar.

Los segundos se detienen cuando acaece el aburrimiento, se desdoblán como si se miraran a un espejo que acrecienta el hastío. Cuando alguien está preñado de dolor esos espejos se rompen y con ellos queda la impresión de que el tiempo se acompasa con la recurrente luz de las noches y los días. Óscar –luego de observar detenidamente la fotografía– se condenó por su equivocación: la mujer que había visto entregándose a otro hombre en un vídeo no era Cielo sino su esposa Luz Angélica.

En el coito toda la humanidad se unifica y los gestos forman parte de una estantería que sólo retoma su orden cuando el paroxismo culmina. Cielo y Luz Angélica no se distinguían, como él tampoco del tipo que había estado con su esposa; al final toda la empresa por perpetuar la especie era un sendero tan invidente como esa voluntad que arrodillaba a todos los humanos y que antes de encontrar el cadáver de su antigua amante había intuido. Intentó llorar pero brotó una risa asmática que lo estremeció más que cualquier lamento y depositó un beso en la boca de la muerta. Los hechos de su vida se confundían, formaban un

magma carente de sentido, una masa incandescente que por más que él se tentara a consumirse en ella saldría indemne y dispuesto a aguardar la próxima desdicha.

Óscar no cesó de tocar el pelo desvencijado y aterido de gránulos de escombros de Cielo. Pensaba que en un solo cabello podía habitar toda la mortalidad que había nacido con el parto de la primera estrella, con el gemido del primer átomo urdido en la claridad del vacío que le precedía. Sólo fue en la noche, en los momentos en que se tejían los sueños, aunque para él siempre se fraguaban con sus ojos abiertos en mitad de cualquier serenata, cuando sintió que toda la nimiedad se acodaba en el Universo. Estremecido tomó el sombrero que había dejado en el suelo y se lo puso. Una trompeta comenzó a repicar. Rememoró sus lecturas infantiles del libro del Apocalipsis cuando se figuraba la melodía que habría de sonar al final de la mueca de la vida. Se acostó ovillado en el suelo –de costado del corazón– sin quitarse el sombrero charro. De la trompeta se desgajaron notas que él reconocía. Los dedos de su mano izquierda comenzaron a simular las posiciones que debía realizar sobre su violín cuando iniciaba una serenata. Descubrió que sonaba “Las mañanitas”, esa canción que lo retrotraía al resquebrajamiento de su propósito por ejecutar sus composiciones cargadas de barroquismo que habían sido guardadas

en el cajón de su mesa de noche convirtiéndose en una carga descomunal para su sinsabor. Buscó con el rabillo de su ojo derecho entre el vaho de la luna tratando de descubrir de qué lugar y quién podría estar tocando la canción. Algo similar a un punto ciego que interrumpía la luz lunar que vigilaba a la tierra llevaba una reluciente trompeta. Óscar presumió que esa era la boca de la que manaban las notas de la canción. La melodía acrecentó su volumen cuando Óscar advirtió que se acercaba un grupo de pequeños similares a aquél que había dejado a merced del pordiosero. Ovillándose aún más –como los gusanos que intuían su muerte en manos de un niño travieso– consideró que quizá había muerto mucho antes y ese no era más que el inicio del infierno, de su infierno.

MIRLA

Una pajarita.

Un vuelo plateado por las aulas centenarias de la Universidad de Oxford (Maracaibo). El calor era abrumador. Al alzar el vuelo Mirla oteaba con desdén toda esa bruma caribeña.

Dedicado a Richard Bach.

El maestro de los vuelos hacia el infinito la aguardaba en su nido postrado en la copa de esos árboles funestos que atestiguaron micciones tibias de los hermosos estudiantes británicos del claustro. Palpaba, entretanto, un viejo tomo escolar sobre los hermosos canarios de colores. En el volumen observó en una pequeña lámina la imagen de un *Sicalis Flaveola* cuyo pío decía:

El único canario originario de América. Ajeno a los ojos de la aristocracia de las aves europeas.

Con estrépito Mirla aterrizó en el nido maltrecho de su maestro. Observó los viejos anaqueles en los que toda su descendencia estaba clasificada mientras su tutor le refería la existencia de aquella pequeña ave americana. Los volúmenes se traslucían por la ventana de la oficina del viejo bibliotecario. Empero, la tarde perfilaba sus primeras sombras en el lejano horizonte de la sabana venezolana.

—Quisiera saber todo lo que dicen esos viejos tomos.

—Nada con importancia. Acabo de cerrar mi lectura sobre las coloridas aves enjauladas que llaman canaritos. ¿Sabes algo Mirla? La jaula de nosotros es colosal y nos abriga con su indiferencia, esa que nos implantaron los malvados hombres al dotarnos de un cerebro que semejara al de ellos.

»Todos fuimos concebidos en el aula de biología. Después nos dejaron a nuestras anchas en los jardines de este campus diciéndonos que podíamos hacer lo que quisiéramos. Es decir, esa ilusión de alas rotas que llaman libertad.

»En eso consiste nuestra prisión: mira a tu alrededor Mirla, todos los animales que han salido de ese laboratorio tienen ojos quebrados y no pueden salir de estos jardines.

Mirla descendió y se apoyó en el hombro de un mico tití que lloraba sin escatimar lágrimas y exclamaba:

—No puedo desconfiar de Dios.

Mirla deseó contarle un secreto tan oculto que ni siquiera podía verbalizar pero que flotaba sobre su conciencia como los maderos podridos que quedaban después de que una embarcación fuera asaltada por una inclemente tormenta.

¡Oh Mirla pequeña! ahora diste una vuelta por todo el salón de biología atenta a las serpientes que reptaban como una muda desesperación al tener implantados en su escamosa existencia los pensamientos enfermos de una conciencia humana.

—Nosotras fuimos el vehículo del pecado y ahora nos vemos tan reducidas que los hombres pueden manipular la encarnación de su infamia a punta de engendrarnos el miedo hacia nuestra propia sombra.

En una jaula corrían dos ratas que nulamente intentaban escapar. Un acuario repleto de agua estanco fulguraba con las decepciones de un grupo de tortugas que, en vano, buscaban asfixiarse.

Todas esas imágenes que herían las neuronas sentimentales de Mirla se fundieron en un tenue olvido cuando observó en un vértice del recinto a un canario que, intuyó, era al que se refería con candidez su maestro. Se acercó a la jaula y aleteando con enérgicos movimientos le preguntó cesante:

—¿Eres un *Sicalis Flaveola*?

No hubo más respuesta que un canto brujo que anegó el corazón de la mirla. La meliflua melodía del canario provocó un agrietamiento en las conexiones nerviosas del ave que, por primera vez, se sentía enamorada. Entonces descendió todo el dolor del amor inacabado de las galaxias que orbitaban en torno a la desmemoria.

Mirla volvió al reducto de su maestro. Le refirió las notas fronterizas con el silencio que aquella pequeña ave amarilla le había infligido como respuesta a la inquietud de su ensanchado pecho.

—Es obvio que nunca te contestará. ¿No ves que es un ave silvestre? No tiene la desgracia de la razón que los malditos hombres nos dispensaron.

Mirla fue a su nido aterido de nuevas melancolías emplumadas. En un rincón de aquel aposento deseó con todo su vigor haber contravenido su destino amoroso y ahora sentía que

ardía como aquella paloma que ascendió desde la cabeza del Mesías el día que Juan la bautizara.

La noche fue larga y las tinieblas espesas. Los aullidos de los animales provistos de conciencia se mezclaban con la farragosa incertidumbre de Mirla de amar a un ser puro e irracional. Tanta belleza sobre aquella bestia amarilla que no podía articular un pensamiento coherente y, por lo tanto, no lograba desglosar un dolor; un tormento que se le adjudicaba a las pinceladas del miserable pensamiento propio de las criaturas que podían urdir églogas y letanías en torno a su desmembrarse. Pero estaba el canto y con él la más fulgurante esperanza que habría de chocar contra la realidad repudiable: ser criaturas radicalmente divorciadas en el Universo.

Al despuntar las primeras heridas del sol Mirla no pudo soportar más la espera y antes de que se incorporara el primer hombre que habitaba el claustro ingresó con sigilo al aula de biología —la cual siempre tenía su ventana abierta— y se acercó a la jaula del canario:

—Ya sé que eres un *Sicalis Flaveola*. Quisiera saber si me puedes dejar ingresar a tu mundo autista. Yo te comprenderé desde el mutismo de mi amor.

El canario cantó como si prohiriera una tierna indiferencia similar a la de los rugidos incandescentes del sol para con la tierra. Mirla alzó el vuelo cuando sintió que la puerta se abría. Era la directora del Departamento de Estudios de Mutaciones Biológicas (BMSD según sus siglas en inglés venezolano). La sapiente doctora al ver a un animal ilustrado justo frente al cautiverio de uno silvestre prendió las alarmas y al poco tiempo llegaron los estudiantes más avezados quienes analizaron la relación entre estos dos pajarracos puesto que no había indicios de agresividad del uno para con el otro.

Cuando las alas de Mirla se cansaron cayó sobre el suelo con un estruendo sordo que le brindó la sensación de tragarse el tiempo. Al abrir los ojos se encontró junto al maestro que le refirió:

—¡Oh Mirla, torpe animal! Presiento que has sido contagiada con el deleznable virus del afecto. No me generas pesar porque carezco de esas bajezas, pero sí puedo decir que desde hoy mi concepto sobre ti ha decaído. Te trajeron los estudiantes luego de haberte conectado unos cables a tu cerebro. Te consideré mi pupila más preciada y entiendo que la muerte ha jugado en mi contra. Ahora te aconsejo que te quedes en tu nido y que aguardes un plácido abandono de esta vida intelectual. Si, por el

contrario, quieres volver a alzar el vuelo, ve hacia tu amado y libéralo de su cautiverio.

Difícilmente Mirla se incorporó y viajó a su morada. En la noche no hizo otra cosa que quitarse los piojos invisibles que había en sus alas provocándose pequeñas llagas con su pico. Fue una noche peor que la anterior. El reproche abrigador del sol jamás llegaría y esa intolerancia a la noche acrecentó su ira para con los astros.

La mañana arribó indiferente a su vergüenza. Esmirriada, Mirla realizó un precario vuelo que la condujo una vez más al aula de investigaciones biológicas del BMSD. En esta ocasión el cuarto estaba ausente de esos acechantes humanos. No le habló al canario, comenzó a maltratar su pico contra la puerta de la jaula. Forzó con todo el ímpetu de su amor la entrada que parecía restringida a los vulgares seres con conciencia. El canario cantaba apático con el nuevo día. Mirla sentía manar restos de sangre de su pico agudo. El dolor de sus alas y el cansancio provocado por su propósito no hicieron mella en su intento de acercarse a este granizado cantor. El portal cedió. El canario emprendió un rápido vuelo dejando la estela de su aroma en el sanguinolento olfato de Mirla. Ella trató de seguirlo pero estaba destrozada de pico y alma. Posó sus delgadas patitas sobre el alfeizar de la ventana del laboratorio y desde allí veía cómo el *Sicalis Flaveola*

partía rumbo a ese glorioso día en que la libertad recobraba los visos de una promesa siempre ajena.

Mirla creyó que su amado habría de perderse en la inmensidad de la llanura. Se hizo a la idea de que su esfuerzo no fue en vano. Aunque perdía la briosa melodía que la había embrujado, obsequiaba el más valioso de los regalos que la naturaleza pudiera brindar: el acto libre de un vuelo sin propósito. En ese mismo momento Mirla vio aparecer –como una borrasca infranqueable– a su maestro quien desplegaba sus dos magníficas alas negras –como la noche que la vio nacer– en pos de aquel jilguero dorado. La persecución perpetrada por su maestro no pasó de unos cuantos segundos, mucho más rápida que la perplejidad de Mirla cuando vislumbró las garras de aquel sabio posarse sobre el diminuto lomo de su amado. El maestro condujo a su presa hasta su nido. Mirla intentó alzar un vuelo que sólo la condujo al verde césped del jardín sin lograr llegar hasta aquel árbol donde su otrora profesor rumiaba los más profundos pensamientos. Con un impulso generado más en el alma que en el cuerpo Mirla elevó su mirada y pudo ver cómo el maestro se llevaba al canario a su afilado pico. El canarito aún cantaba con notas que sólo podían provenir del terror que yace a medio camino del infinito. Por un momento Mirla creyó que el maestro podía cantar como su amado pero esa esperanza pereció cuando lo vio recostarse sobre su

nido como cualquier angurriento que ha saciado temporalmente su apetito.

Mirla dejó que el día transcurriera con ella tendida en el césped. Ningún humano la advirtió pero sí un poderoso zorro quien al notarla abatida y llena de una tristeza innombrable prefirió dejarla sola que engullirla.

—Si te comiera es seguro que me dejarías esa hiel que brota de tus ojos y prefiero no envenenarme de esta forma.

El maestro, desde su nido, la observaba con desprecio. Ella deseaba reprocharle aquél acto miserable pero el silencio la abrigaba sumiéndola en una tímida asfixia. Mirla durmió sometida por un pesado sueño en el que todas las imágenes parecían estar tragadas por un hoyo negro que murmuraba un extraño idioma del que sólo se podía captar un aullido desamparado.

Su despertar fue un desgarrarse de los sueños inconclusos de vuelos en el firmamento junto su amado imposible. Su pico maltrecho se abrió un tanto y tomó el aire suficiente dispensándole un conato de fuerza para incorporarse y volar. Recorrió desde el cenit todo el claustro universitario de Oxford (Maracaibo). Las adustas palmas que se intercalaban con los árboles —donde los animales

inteligentes hacían discurrir su hastío— proyectaban su sombra sobre la marcada arquitectura inglesa de aquel recinto universitario: allí se formaban grandes doctores, como historiadores de las ciencias humanas, científicos y dirigentes que paseaban su gloria eterna en la efimeridez de sus días. La prosodia del paisaje venezolano le hizo imaginar un tiempo paralelo en el que ella hubiera sido una simple Mirla con cantos de Mirla y amores de Mirla. Recordó todos aquellos viejos volúmenes que se vislumbraban en la oficina del bibliotecario y que ella observaba con tanta ternura desde el nido de su viejo maestro. Dirigió su vuelo hacia el recinto en el cual quería extraer la sabiduría que no encontraba en su cuerpo adolorido. Batió las alas con una fortaleza semejante a la que le imprimió el canto de su amor canario. Ingresó al cuarto con la delicadeza de la caída de una pluma en una viciada atmósfera, allí recorrió los conocidos anaqueles que hablaban sobre lo que sus sueños le susurraban. Sabidurías esenciales que flotaban como vientos del Magreb la atenazaron con una febril y escuálida dicha.

Recostado sobre un viejo tomo de láminas con mujeres desnudas, el bibliotecario se contorneaba como las serpientes que se arrastraban en el laboratorio. La dulzura de su ritmo le recordó a Mirla una vez más el canto aflautado del ejemplar de *Sicalis Flaveola* y posó sus etéreas garritas sobre el hombro del vetusto anciano. Con su pico renovado,

como si nunca hubiera sido víctima del amor, se acercó a la mejilla del viejo. No tenía secretos que decirle. Intentó imitar un dulce beso con el que Mirla deseó desaparecer para siempre.

El anciano se removió de su libidinoso y solitario acto cuando escuchó el estrépito de un golpe contra la ventana. Volteó la mirada perdida de sus ojos desorbitados de cualquier planeta y, con amargura, sospechó la huella del vuelo detenido de su ave más amada que se había chocado contra la lámina traslúcida del conocimiento. Bajó al jardín y corroboró que era la mirla. La tomó entre sus manos manchadas y seniles, y la arrojó al bote de basura.

Luis Cermeño: Escritor colombiano (Saravena, 1981). Es escritor de fantasía y ciencia-ficción. Estudió Comunicación Social y Periodismo. En la actualidad está terminando la maestría en Comunicación. Obtuvo una beca (09/10) en el programa de residencias para el desarrollo de proyectos avanzados en tecnologías en Escuelab, Lima (ciudad en la que se entristeció muchísimo, junto a los enanos y borrachos del Jirón de la Unión, mientras añoraba viejas letanías extraterrestres). En esta residencia creó la Plataforma Experimental Futurista Con-textos Alternos y el primer Concurso Escolar de Cuento Yo Soy el Robot, Lima 2010. Ha publicado los libros “Noches de Oriente” (Ed.Norma. Bogotá, 2009); “Álgebra Pyhare”, Cermeño, Escovar (Felicita Cartonera. Asunción, 2010). Primer lugar, en el concurso Game Over con el cuento “Té Vespertino”, escrito junto a Felipe Escovar (publicado en Antología del videojuego Game Over. Cinosargo Ediciones, Chile 2012). Es co-editor del Portal Mil Inviernos.

Andrés Felipe Escovar: Escritor colombiano (Bogotá, 1981). Ha sido uno de los coordinadores del proyecto LEA (Laboratorio de Escritura de las Américas) realizado en Buenos Aires, Córdoba, Asunción, Bogotá y en Valparaiso (ciudades en las que deambulaba prístino de la tristeza, hasta adquirir el monte de Marco Polo de la decepción). En 2011 obtuvo el primer puesto en el concurso de relatos “Game Over” con el cuento “Un té vespertino”, escrito con Luis Cermeño. Es coeditor de Mil Inviernos.

Julián Andrés Marsella Mahecha: Escritor y poeta colombiano (Agua de Dios, 1967) reside en Zipacón, Cundinamarca. Es su primera publicación aunque cuenta en su acta de defunción con varios poemarios y novelas que reposan en el cajón de la máquina registradora de mil almas, mil asma, y miasmas. Es dueño del negocio “La fresa feliz” en donde atiende a sus comensales y clientes, ofreciéndoles distintos postres nativos.

